

CARTAGO.—Antiguo acueducto. Ruínas del templo en Zaghuan. (Pág. 47).

1. Fachada restaurada.—2. Plano restaurado.—3. Sección longitudinal.—4. Estado actual de la fachada.—5. Estado actual de la sección.—6. Sección transversal.—7. Base y capitel.

LA CUESTION RELIGIOSA.

DESPUES de los rápidos triunfos militares de 1866, que dieron á la Prusia la supremacía de la Confederación germánica, ejercida hasta entonces por el Austria, potencia católica, no faltaron espíritus perspicaces que presagiaron ya la evolución probable y próxima de la política de Bismark con respecto á la Iglesia católica.

El éxito embriaga y el orgullo hincha, lo mismo á los poderosos que á los simples mortales. Bismark sufrió la ley general, y al contemplar la unidad de Alemania, realizada tan rápidamente á consecuencia de las victorias de 1870 y 1871 sobre las armas de Francia, y al ver á su patria levantada al rango de potencia sin rival, á su viejo Soberano ascendido á emperador, y á sí mismo árbitro de la política europea y casi señor del mundo, sufrió el vértigo que debía sentir todo hombre que, en las peligrosas alturas en que el destino ó la Providencia le colocaba, no fuese un hijo sumiso y humilde de la Iglesia católica. Es decir, se engrió de su propio poderío, se creyó capaz de llevar á cabo la obra atrevida, gigantesca, sacrilega que otros genios habían intentado inútilmente antes que él: en una palabra, atraído por el mismo peligro quizás, quiso atentar al Arca santa, á la Iglesia católica, y declararle la guerra.

¡Sacrilega declaración! ¡Cuántos políticos hábiles, cuántos adoradores de la fuerza no han presagiado que Bismark, cuya política no había conocido aún los reveses, daría cuenta del Catolicismo! Y sin embargo los católicos estaban de antemano seguros que el nuevo perseguidor, por hábil y poderoso que fuese, sería uno más en la serie, pero que infaliblemente acabaría por ser vencido en la lucha ó por entonar el *mea culpa*.

Apenas concluida aquella campaña en que tanto el Emperador como el pueblo alemán habían hecho gala de

sus sentimientos religiosos para atraer las misericordias divinas, Bismark transporta la cuestión política al terreno religioso. La infalibilidad del Papa le sirve de pretexto para entrar en campaña. Ese hombre que acaba de declarar en el *Reichstag* que jamás ha querido la lucha entre la Iglesia y el Estado, rompe las hostilidades, inspira á sus periódicos que el nuevo dogma había alterado la esencia del Catolicismo, que el Papa se ingería en los asuntos seculares, que los Hohenzollern debían recoger la política de los Hohenstaufen.

Preparada así la opinión, el Gobierno prusiano empieza por abolir la dirección de negocios católicos en el Ministerio de Cultos; sale á la defensa del clérigo Woltmann excomulgado; por espíritu de oposición decreta que sólo el Estado sería en lo sucesivo el juez de la ortodoxia de los catedráticos de religión, burlándose de la libertad de conciencia y de los mismos protestantes.

Poco después el Parlamento, que nada sabía negar al gran Canciller, vota una ley contra la libertad de la palabra divina en los púlpitos; ley pérfida que hundía en los calabozos á muchísimos sacerdotes eminentes, mediante una simple delación. En Mayo de 1872, y siguiendo adelante el sistema de apretar las clavijas hasta sofocar el sentimiento católico, una gran mayoría aprueba la ley de expulsión contra los Jesuitas y demás Ordenes religiosas de hombres y mujeres, muy florecientes en aquella época, gracias á la libertad de que habían gozado. Y, en fin, el año 1873 fueron votadas igualmente las famosas leyes de Mayo, que tendían nada menos que á subvertir la disciplina eclesiástica, á aislar completamente á los católicos alemanes, y á preparar una *iglesia independiente y nacional*, que es la locura en que dan generalmente los perseguidores de nuestro tiempo.

Hubo prelados desterrados y encausados, seminarios cerrados, palacios episcopales allanados, bienes eclesiásticos confiscados. El Ilmo. Ledochowski, arzobispo de Posen, fué desposeído de su mobiliario, coche y caba-

llos, encerrado en la prision de Ostrowo durante dos años y destituido de su Sede. El Estado se tomó la facultad de administrar las Sedes vacantes, la direccion de la instruccion en los seminarios, la eleccion y nombramiento de los curas y prebendados.

Y mientras el Gobierno prusiano aplicaba las leyes de persecucion de la manera más satánica para hacer desmayar á los católicos y fomentar la discordia entre los miembros del clero y los mismos fieles, por otro lado protegia abiertamente y subvencionaba á la secta herética de *viejos católicos*, cuyos escándalos por cierto dejaron memoria.

Ni la clausura de las iglesias, ni el destierro de los curas, ni el hambre impuesto á los que quedaban, ni la imposicion de curas excomulgados á las conciencias de los fieles, ni tantas y tantas vejaciones, atropellos, atrocidades y monstruosidades ejercidas contra los católicos, han producido otro resultado que el que semejantes procedimientos han dado siempre en la grey de Cristo, es decir, afirmar y avivar más y más nuestra santa fe.

Diez años han transcurrido desde el principio de esta abominable tentativa. ¿Quereis oír ahora el desenlace?

Pues es muy sencillo, y demuestra por cierto la astucia y el genio del terrible Canciller: «El liberalismo (ha venido á decir en el Parlamento) va siempre más lejos que lo que los revolucionarios quieren. El Gobierno desea introducir un crédito en el presupuesto para el sostenimiento de un representante en el Vaticano.

«No tengo que dar más explicaciones.»

Y despues de haber recordado que, gracias á la revolucion, Francia vió caer su tradicional monarquía, Italia está amenazada de una república, y España ha pasado tambien por las convulsiones del cantonalismo y de la anarquía republicana, ha manifestado grandes temores para el porvenir de la monarquía alemana, y el deseo de hacer la paz con la Iglesia católica.

Y sus órganos en la prensa añaden que el Canciller tiene el patriotismo de no obstinarse en una lucha insensata cuyo desenlace ve ahora bien claro; que si la ha continuado hasta ahora es por la simple razon de que *se habia figurado* (sic) hacer la forzosa á la Iglesia, imponerla sus condiciones y concluir con ella un acuerdo duradero.

¡Qué magnífica palinodia! ¡Qué *mea culpa* tan soberano!

Es verdad que su periódico la *Post* ha publicado varios artículos abogando por la intervencion europea en favor del Papa, y declarando al propio tiempo que la independencia del Vicario de Cristo es una cuestion internacional.

Todo lo cual significa que al Canciller aleman le cuesta mucho todavía tragar la píldora y resignarse á inclinar la cerviz ante el Sumo Pontífice, y que no hallando manera honrosa para hincarle el diente, procura provocar hechos que le proporcionen una ocasion para emprender una campaña diplomática cuyo objeto sea reformar la ley italiana de garantías, y entrar en una era más tranquila para Alemania y para la Europa entera.

MESOPOTAMIA.

Carta del P. Rbétoré al Rmo. P. Duval, pro-prefecto de la Mision dominicana de Mossul (1).



ABIENDO permanecido en Serth veinte y cuatro días, partimos el 28 de Junio. La poblacion nos vió salir con sumo sentimiento, y creo que si el Patriarca no hubiese prometido interceder con Vuestra Reverencia, de grado ó por fuerza nos obligaran á quedarnos. Recomiendo de nuevo aquel país á vuestra atencion. *Vox populi, vox Dei*: todo el pueblo nos ama y pide sacerdotes á voz en grito.

Llegamos á Bitlis el 1.º de Julio. Ordinariamente sólo hay dos buenas jornadas de camino. El primer día hay que subir elevados montes para rodear la meseta del Khatchuk, todavía coronada de nieves en la presente estacion. El segundo día se anda entre la cordillera del Khatchuk y la del Motkia, siguiendo casi siempre el rio Bitlis, que saltando de roca en roca se precipita en un estrecho paso. Los flancos de los montes están cubiertos de nieve, y por todas sus quebradas se precipita el agua helada de los torrentes. El panorama es de los más pintorescos. Es una especie de Suiza turca. Dijéronnos que el camino de Serth á Bitlis era muy malo: cierto que es muy desigual y tiene precipicios que causan vértigos, pero preferimos esta ruta á la de Zaku á Serth, que á más de los profundos rios que la cruzan, en ciertos puntos peligrosísimos, sólo puede pasarse haciendo un fervoroso acto de contricion.

¿Cómo daré idea de Bitlis? Es un paraíso terrenal en miniatura. Rodeada de montañas, la ciudad parece un vasto jardín en el que están dispersas las habitaciones. Está construida en anfiteatro á orillas de cuatro riachuelos, cuya reunion al Sur de la ciudad forma el gran rio que toma su nombre. Gozamos actualmente de plena primavera, con 27 grados por la tarde y 19 por la mañana. Las manzanas, las peras y las ciruelas esperan más intenso calor para madurarse. Las cosechas se encuentran todavía en su crecimiento. Sólo vimos una pequeña guinda, y ¡con qué placer la tomámos despues de haber transcurrido tantos años sin gustar esta fruta, que forma las delicias del estío en nuestra patria!

La poblacion de Bitlis asciende á 30,000 almas, contándose en este número 2,400 cristianos, repartidos de este modo: 1,450 armenios cismáticos, 500 protestantes, 300 jacobitas y 60 armenios católicos.

Gobierna la comunión armenia cismática, la más poderosa de todas, un administrador ó *murakas*, secundado por doce ministros casados. Posee en la ciudad cuatro iglesias en buen estado, y varios antiguos monasterios á extramuros, pero no habita en ellos religiosa alguna. El de la Virgen, inmediato á la poblacion y bien conservado, es notable por el elegante campanario que domina su iglesia, coronado hace siglos por el adorable signo de nuestra redencion. Tiene tres escuelas de niños y dos de niñas. En una de las primeras, recién establecida, se enseña el armenio, el turco, el inglés y el francés, la aritmética, la geografía y la historia. En este país adviértese un movimiento que no puede menos de hacerle salir de la atonía en que ha vegetado durante muchos siglos, y creo que semejante impulso hácia la ilustracion puede

(1) Véase la pág. 512 del tomo anterior.

aprovechar mucho á la Iglesia católica. Las escuelas primarias están bien instaladas y provistas de buenos libros para la instruccion de los niños.

Los jacobitas, llamados *eshi assuri*, esto es, antiguos asirios, sin consistencia ni organizacion, están desalentados por el abandono en que les dejan los jefes de su nacion. Cuentan con dos iglesias, pero con sólo un sacerdote que no les inspira confianza ni respeto. Carecen de escuela, y en el momento de nuestra llegada estaban á punto de entregarse á los protestantes á consecuencia de una contienda con su sacerdote, y sólo les contuvo la esperanza de tenernos aquí. Su jefe, uno de los más ricos de la ciudad, está dispuesto á hacerse católico, y me ha asegurado que si permanecemos aquí dos años casi todos los cristianos se convertirán al Catolicismo. Tales tambien la opinion general.

Los protestantes, sólidamente establecidos, tienen muy buena casa para su ministro, que dicen es americano, y además una iglesia y una escuela en medio de un jardín y en excelente posicion. Este año se proponen edificar un templo más espacioso. Su comunión comprende cien familias, procedentes casi todas de armenios gregorianos. Cuentan con dos escuelas, y dos maestros principales en la de niños, enseñándose en ella el armenio, el turco y el inglés. La de niñas está dirigida por dos ancianas diaconisas inglesas.

Los protestantes están establecidos en casi todos los pueblos armenios de la comarca: su oro les ha servido admirablemente, sobre todo durante estos últimos años de hambre. Dicese por acá que, si nadie se les opone, todos esos países cristianos abrazarán el protestantismo antes de veinte años. Sin embargo, no son estimados; sólo es su dinero lo que seduce, y hasta el nombre inglés unido al protestantismo no es simpático. Aquí todo el mundo asegura que los misioneros católicos disputarian con éxito el terreno á los protestantes, y adquirirían superioridad si estableciésemos una residencia. Muchas familias heréticas están ya dispuestas á unirse á nosotros.

Los católicos forman la comunión más desorganizada y desatendida. Treinta años atrás contaban treinta familias. El cisma de Kupelian comenzó á dividirles; luego murió su único sacerdote, y no fué reemplazado. Viéndose entonces sin iglesia, sin cura, sin sacramentos y sin escuela, esta comunidad se desgregó completamente: unos pasaron al cisma, mientras que otros, prefiriendo sacrificar sus bienes á su religion, abandonaron el país para ir á Much ó á otros lugares en que hay católicos. Sólo quedaron nueve familias, que constituyen hoy todo el rebaño fiel de Bitlis, pero como son numerosas, dan una cifra de sesenta personas próximamente. Han tenido que sufrir mucho por parte de las sectas, pero se han mantenido firmes, con la esperanza de vernos establecer un día en la ciudad. Su estado mueve á compasion. Los sacerdotes de Much, que son los más cercanos, no se presentan sino una vez al año, por Pascua. Como en el presente no pudieron venir, pidióse un sacerdote caldeo de Serth, quien para oír las confesiones se arregló como pudo con el poco de turco y de kurdo que sabia. Estas pobres gentes se ven reducidas al extremo de tener que recurrir al ministerio de los sacerdotes cismáticos en casos de necesidad para recibir los últimos Sacramentos. Así es que nos han recibido con indecible gozo y desean

vivamente que nos quedemos entre ellos. Una venerable madre de familia exclamó:

— Mis cabellos han encanecido pidiendo á Dios que nos enviase Padres.

Y besaba nuestras manos y vestidos con conmovedor afecto, diciendo que creía ver en nosotros ángeles descendidos del cielo.

Parece, pues, que Bitlis se ofrece á nosotros como un campo muy propicio. La fundacion aquí de una residencia me parece justificada por los siguientes motivos:

1.º Poblacion simpática, especialmente los católicos, que hace muchos años nos desean y piden. 2.º Poblacion tanto más fácil de conducir cuanto está más abandonada. 3.º La Mision pudiera en Bitlis, mejor que en otros puntos, luchar contra los protestantes, nuestros adversarios más temibles. 4.º Los mismos motivos existen respecto á los armenios cismáticos, que no están organizados de modo que puedan oponernos seria resistencia. 5.º Clima muy sano y temperatura templada. El invierno dicese que es rígido. Esta residencia no perjudicaria á la de Serth, cuya proximidad ofrecería ventajas más bien que inconvenientes.

Aquí se repitieron las escenas de Serth para impedir que partiéramos. Considerámonos dichosos pudiendo atestiguar por este hecho la simpatía y la confianza de aquella poblacion. ¡Que el Señor se digne restituírnos á su lado!

VIAJE Á ABEOKUTA,

POR EL RDO. HOLLEY, MISIONERO DE LA COSTA DE LOS ESCLAVOS.

III.

ESTANCIA EN ABEOKUTA. — OGUDIPO.



PENAS llegámos á Abeokuta el 2 de Agosto, cuando Ogudipo envió un mensajero para saludarnos. Puede decirse que es el dictador de la ciudad, pues elegido general en jefe de todos los guerreros reunidos en un solo cuerpo de ejército, es el único independiente y que puede resolver todas las cuestiones sin temor de ser contrariado. Este caudillo seria de elevada estatura si no anduviese ya encorvado por la edad y las fatigas: dos ojos pequeños y vivos dan á su rostro frio y arrugado una expresion de vigor nada comun. De heróica bravura, Ogudipo ha conquistado tal influjo por su inteligencia y sangre fria, que ha venido á ser el árbitro de todos los partidos. Goza de popularidad inmensa, merced á las numerosas raciones de *tafia* (aguardiente) que distribuye todos los días y á las otras larguezas con que sabe recompensar los servicios de los que le son fieles. De algunos años acá Abeokuta se ha convertido en teatro donde cometen sus fechorías muchos ladrones, y el general en jefe, juez en la mayor parte de los casos, nunca concede perdon á los bandidos. Su nombre hace temblar á los malhechores, pues todos saben que no hay apelacion de su sentencia. Nosotros sabíamos tambien su influencia, y á él dirigió el Rdo. Chausse una carta anunciándole nuestro designio de visitar la ciudad. Esta deferencia bastó para asegurarnos su proteccion: en la misma tarde un enviado nos dijo que nada teníamos que temer, que estaríamos como en nuestra casa.

El 3 de Agosto por la mañana recibimos la visita de los dos jefes de guerra de la capital, que vinieron á saludarnos en nombre de su rey y á advertirnos que luego tendríamos una audiencia. En efecto, precedidos de dos ó tres amigos, católicos y protestantes, nos dirigimos á la morada del príncipe. El palacio, si tal nombre merece una reunion de chozas semi-arruinadas, estaba poco distante de nuestra vivienda.

El rey, anciano más que centenario, estaba sentado ó mejor tendido sobre su estera, cubiertos los hombros con un paño de seda bastante raído. Cerca de él habia dos niños que contestaban á los cumplimientos que se dirigian al príncipe: *Oluwa nki e*: «Mi dueño te saluda.» Mientras habia negros tendidos boca abajo, otros hacian sonar sus dedos golpeando vigorosamente la tierra con el pié; cada uno, segun su rango, se conformaba al ceremonial. Nosotros fuimos dispensados de tan incómoda etiqueta, y el rey nos ofreció la mano, que tuvimos que estrechar con fuerza.

— *Ai oyimbo kekere*: «¡Ah, pequeño blanco!» dijo al verme, y nos hizo sentar en sillas que sin duda pidió prestadas: sus cortesanos estaban sobre esteras. El rey se lamentó amargamente de la conducta de nuestro huésped, que no le advirtió á tiempo nuestra llegada, y no le fué concedido el perdon sino despues de un discurso pronunciado por cierto John Man, quien, aunque protestante, se nos mostró muy afecto. El monarca nos aseguró que le complacia nuestra visita, que amaba á los *Aguda* (portugueses y franceses) y que veria con gusto que nos estableciésemos en su capital. Al concluir, como si hubiese comprendido la necesidad de afirmar su poder, añadió:

—Ogudipo es de mi casa, y no puede querer sino lo que yo quiero.

Salimos bastante satisfechos.

El día siguiente supimos que los protestantes, establecidos allí hace mucho tiempo, estaban conmovidos y conspiraban á fin de contrarestar los esfuerzos que se hacian para que nos quedáramos. Nuestra causa contaba, sin embargo, con algunos amigos en el campo herético: uno de ellos, el mismo John Man de quien ya he hablado, pertenece á la familia Real de Onitoko. Habló en favor de los católicos al rey su hermano, y el día 4 por la tarde, mientras cenábamos, vino lleno de gozo á decirnos:

—El rey de Toko os hace saber que pone un terreno á vuestra disposicion y que quisiera veros.

Nos apresuramos á satisfacer sus deseos, y fuimos recibidos como príncipes. Los fetiches pintados de nuevo y los instrumentos de guerra de todo género salieron de su retiro: todas las esteras y tapices que habia en la choza fueron extendidos para nosotros, para las mujeres del jefe, sus magnates y su numeroso séquito. A los pocos momentos de espera llegó el rey, anciano de elevada estatura, ceñidas sus sienes con una corona, y cubierto con un magnífico paño de terciopelo verde. Todos los presentes se postraron para saludarle, y él se recostó muellemente sobre una estera del país, apoyándose en un almohadon ricamente adornado de arabescos, mientras que una mujer le cubria piés y piernas con una preciosa tela roja... Un profundo silencio siguió á la entrada del monarca; nadie se atrevia á proferir una palabra:

en tanto él paseaba la vista en torno suyo y parecia reflexionar. Por fin llamó y acercósele el Consejo de los ancianos, los *ogboni*: todos conferenciaron largo tiempo en voz baja. El primer orador terminó su discurso con estas palabras dignas de notarse:

—Esta tierra de Abeokuta es tuya, oh rey; tú puedes disponer de ella: los hombres que han venido son blancos, pero no se ocupan en el comercio é ignoran lo que es la intriga: oran y enseñan á orar, y con ellos aprenderán nuestros hijos á leer en nago y á hablar de Dios: son dos para este gran trabajo, muy pocos en verdad. Oh rey, Dios te envia estos hombres de oracion; ¿podrias dejar de recibirles?

Al concluir, postróse y volvió á su lugar. Otros consejeros se expresaron en el mismo sentido, y luego el rey, recogiendo breves momentos, dijo:

—Esta tierra, en efecto, es mia, y puedo dar parte de ella á quien me plazca. Escoged á derecha, á izquierda y en la proporcion que quisiéreis. A corta distancia de la vivienda de Marcolino hay un vasto terreno; os lo cedo, y si álguien os perturba dad aviso al rey de Toko. Este hombre que os acompaña, añadió designando á John Man, es mi hermano, y él me responderá de vosotros: quiero que os introduzca en cualquier lugar que os pareciere.

No tuvimos expresiones bastantes para demostrar nuestra gratitud á tan buen rey: ¡nuestros votos eran atendidos sin que hubiéramos pedido cosa alguna! Mi corazon estaba lleno de esperanza. No contento con cedernos un terreno, el monarca quiso además darnos un saco de *cauries* para que pudiésemos conservar de él gratísimos recuerdos.

Al salir de la choza Real tomámos el camino de la vivienda de Ogudipo. El generalísimo no se encontraba en el cuartel general, pues á la sazón presidia una asamblea en territorio del rey Onilado: tomámos, de consiguiente, el partido de ir al encuentro del jefe supremo.

Frente la Real vivienda, en una extensa plaza y á la sombra de un árbol gigantesco vimos sentada á una inmensa multitud. Busqué con la vista á ese famoso Ogudipo de quien tantas cosas se me habian referido, mas no hubiera advertido en él si no me lo hubiesen mostrado. El general de todos los ejércitos, aquel cuyo nombre es el terror de los Ibadanos, vestia simples calzoncillos (véase el grabado de la página 53), mientras que hasta el último de sus guerreros se envolvian en magníficos paños de vivos colores.

En cambio traia lentes con armazon de plata, y fumaba en una pipa de hierro forjada por él mismo, pues es de saber que como pasatiempo trabaja los metales con suma perfeccion, y en distintos puntos de la ciudad se ven artefactos de Ogudipo que revelan tanta habilidad como perseverancia. Su arsenal, que nos mostró algunos días despues, es célebre en todo el Yoruba: no hay fusil europeo que no esté representado en la herrería del Vulcano de Abeokuta, ni sable ni espada que no cuente allí siquiera una muestra.

Tuvimos que esperar mucho tiempo antes de que nos llegase el turno, pues cuando empiezan un discurso hay que continuarlo; no digo concluirlo, porque los negros raras veces terminan lo que empiezan. Ogudipo peroró largamente, y de vez en cuando, abandonando su pues-

to, danzaba ante la multitud con movimientos los más vivos y extravagantes. En ocasiones, para avivar la atención, entonaba un canto que repetían á coro sus guerreros, acompañándose con cadencioso palmeteo. No obstante su avanzada edad, Ogudipo se movía con extraordinaria agilidad y destreza; sus gestos excitaban grandes risas, pero por su parte permanecía impassible, sin que se le traslucieran en el rostro las impresiones íntimas.

En su calidad de juez mandó que compareciera un ladrón, que traía al cuello una pesada cadena: el infeliz prisionero estaba más muerto que vivo, y no podía sostener la mirada del general, conocido por su saña contra los bandidos: pocos días antes, en efecto, había dado muerte á tres de ellos por sí mismo, é hizo exponer los cadáveres ante su puerta. El nuevo ladrón sabía todo esto. «Un muerto más,» decía la gente en voz baja, y la mirada de Ogudipo estaba lejos de significar lo contrario.

Al cabo de tres horas de espera nos presentaron al general, quien nos ofreció un calabacino lleno de agua; bebió primero, y luego tuvimos que beber nosotros. Esto significaba que, así como aquella agua era fría, del mismo modo debían ser pacíficas nuestras relaciones y no tener nada de caluroso ó de discordia. Fué de parecer que se nos permitiera establecernos en la ciudad, atendido que no éramos ingleses ni nos mezclábamos en política.

Ogudipo era harto perspicaz para que nos diese su contestación en público; así es que levantó bruscamente la sesión, llevándose áuestas el grosero almohadon que le sirviera de silla, y nos concedió una breve audiencia particular en su cabaña. Hízonos tomar asiento en la cureña de un cañon, é hizo lo mismo á nuestro lado: nos aseguró de nuevo su benevolencia, y se reservó abogar por nosotros cerca de los demás jefes.

La noche es muy buena consejera, y durante la mis-

ma el Rdo. Chausse tuvo la feliz idea de mandar un presente á Ogudipo. No se hizo esperar la respuesta. «¡Paciencia y prudencia!» nos envió á decir; y luego, sabedor de que redoblaba el coraje de los herejes, y que habían resuelto hacernos expulsar, añadió: «Si los creyentes no quieren á los franceses, aquellos saldrán en breve y éstos se quedarán.» Estas palabras nos tranquilizaron plenamente, pues Ogudipo es el árbitro de todas las cuestiones, y nadie se atreve á hacer una objeción después que él ha hablado. Por lo tanto, juzgada nuestra causa por él, estaba definitivamente ganada.

Las palabras de Ogudipo hicieron su efecto: los jefes

de guerra de la capital y de Tesis nos visitaron con mayor asiduidad y acentuaron las buenas disposiciones del rey de Alaka. Por nuestra parte, á fin de hacernoslos más y más favorables, les dimos dos bonitos casquetes. Entonces quisieron conocernos y nos preguntaron por nuestras esposas. Imposible es daros idea de sus exclamaciones, de sus gritos y sonrisas de incredulidad cuando supieron que no las teníamos y que el Padre blanco nunca se casa; abrían y cerraban la boca llenos de asombro, castañeteaban con los dedos, y esforzaban por adivinar en nuestros ojos si

decíamos verdad. En mi vida he sido testigo de tamaña sorpresa.

El 8 de Agosto el Rdo. Chausse inauguró, por así decirlo, la Misión católica de Abeokuta. Después de la celebración de los santos misterios administró el bautismo á cinco niños, que serán, como confío, las primicias de este nuevo campo del Padre de familia, campo todavía inculto, y en el que no obstante hay magníficos gérmenes.

Pasámos el día combinando proyectos, y deshaciéndolos para volverlos á adoptar, pues había una grave cuestión pendiente que retardaba la realización de nues-



COSTA DE LOS ESCLAVOS.—Ogudipo, primer jefe militar de Abeokuta.

tras esperanzas, y consistía en que el rey de Alaka no se daba prisa á concedernos un terreno.

Cierto Johnson habia traído una bandera con los colores ingleses, en la que habia escrito el nombre de los reinos de Abeokuta, y pretendia imponerla á la ciudad: de acuerdo con el soberano de la capital, intrigaba con los personajes influyentes á fin de que aceptasen su bandera todos los Egbas. La ciudad entera estaba en movimiento, y cada día en uno ú otro barrio se celebraban prolongadas sesiones, en las que el pueblo mutuamente se animaba á no aceptar bandera alguna.

Al tener Johnson noticia de nuestra llegada se hizo dar cuenta exacta de todo lo acontecido. Sabiendo que Ogudipo habia recibido una carta del superior de la Misión católica, hizo pedir otra para el rey de Alaka, su partidario. Esperaba seguramente mezclarnos de buen ó mal grado en la cuestion candente de la bandera. Mas el Rdo. Chausse escribió la carta en portugués, y no en inglés como quisiera Johnson. Repetidas veces se trató de sorprender nuestra buena fe, pero nuestro Superior se excusó con no comprender el inglés, pues viendo el empeño de aquel sujeto y de su acompañamiento en exigir una traduccion inglesa de nuestra carta, entrámos en sospechas: entonces se hicieron circular respecto de nosotros los rumores más absurdos: no habiendo conseguido hacernos pasar por ingleses, los protestantes recurrieron una vez más á sus antiguas armas favoritas, siempre rejuvenecidas por el odio de Lutero contra san Pedro. Un día ú otro debia estallar la tempestad.

El día 12 al medio día gran número de detonaciones nos anunciaron que iba á suceder algo extraordinario. Sabíamos ya que el rey de Alaka celebraria consejo en pleno; pero ¿para qué? Al parecer se ignoraba.

Salimos, pues, de casa como todo el mundo, y llegámos á la gran plaza, frente la choza del rey de Alaka, en el preciso momento en que la cruzaba Ogudipo seguido de todas sus mujeres armadas con largos fusiles y calada la bayoneta. Las repetidas descargas de las Amazonas anunciaron la apertura de la sesion. Una multitud inmensa, presa de la mayor ansiedad, esperaba impaciente para saber de qué se trataba.

Cuando apareció Johnson, seguido del rey y de toda su Corte, comprendióse que iba á resolverse la cuestion de bandera. Johnson paseó por la asamblea una mirada fiera y atrevida; su fisonomía no respiraba temor ni incertidumbre; ninguna nube oscurecia su ojo perspicaz; comprendíase, en una palabra, que se juzgaba seguro de su feliz éxito. Invitado á tomar la palabra y á exponer con claridad el objeto de todas sus intrigas, desplegó con afectada lentitud la bandera nueva que guardaba cuidadosamente encerrada, y empezó con tono lleno de la mayor confianza á recordar los numerosos servicios que habia prestado á los Egbas: nuevo Goliath, desafiaba á todo el mundo, y prestábase á batirse, no con la espada, pero sí con la lengua. Mientras peroraba de este modo, Ogudipo remedaba sus gestos y el tono de su voz, de suerte que el pueblo no podia contener la risa.

Esto sólo era el comienzo, pues el general sabe siempre tratar una cuestion seriamente cuando vale la pena; así el rey de Alaka seguia con mirada inquieta los movimientos de la multitud. Ogudipo tomó la bandera y examinó todos sus detalles.

Al terminar Johnson su discurso un ogboni pidió la palabra, y como conclusion refirió el siguiente apólogo: «Queriendo un negro matar á un perro, ordenó á su esclavo que tomase un pedazo de carne, y que despues de empaparlo en aceite de palma lo atase al extremo de un palo. Atraído por el olor, acercóse el perro y dió una vuelta al palo lamiendo las gotas de aceite derramadas por el suelo: mientras observaba la carne le cayó una gota de aceite en la nariz, y al momento se lamió. Cuando se preguntaba cómo lo haria para apoderarse de todo el trozo, llegó de improviso el esclavo y lo mató. Lo mismo, oh Egbas, acontecerá con vosotros.»

Johnson quiso replicar; mas Ogudipo, que continuaba examinando la bandera, preguntó el significado del dibujo que habia en el centro abrazando todos los nombres. Respondiéronle que era la corona de la reina de Inglaterra. Ogudipo entonces no pudo contenerse.

— ¡Basta! exclamó, ¡basta de mentiras! ya se habló demasiado de esta bandera. Johnson, puedes llevártela, y si los blancos lo permiten, vé á plantarla en medio del agua salada.

Luego, volviéndose hácia los Egbas, gritó:

— Egbas, ¿la quereis vosotros?

— ¡No, nunca! respondió el pueblo indignado.

Aterrado con tan imprevisto fracaso, Johnson bajó la cabeza, tomó su bandera, la arrolló presto, y alejóse de la plaza, avergonzado y confuso, y perseguido por los denuestos de la multitud. El partido que quiso contrariarnos acababa de recibir el golpe de gracia. Aplastado por Ogudipo, no se atreverá ya más á levantar la cabeza. El rey de Alaka debió sentirse muy humillado con este desenlace, y muchó más tal vez cuando Ogudipo le ordenó que nos concediera un terreno lo más pronto posible.

El monarca tuvo que aguardar algunos días antes de obedecer. Entonces fuimos testigos de una cuádruple ejecucion. Dos ladrones, padre é hijo, que quisieron enriquecerse con los despojos de un vecino á quien se creia rico, se aseguraron la complicidad de su jóven esclavo. Practicaron una abertura en la pared, por la que el niño penetró en la casa y abrió sus puertas. Mientras que los otros se llevaban todo lo que encontraron á mano, el esclavo se durmió y sus cómplices le olvidaron. Preso por el hecho, lo confesó todo y denunció á los culpables. Por temor de que el chico llegase á ser más hábil que sus maestros fué condenado á muerte con ellos. Se les juntó el prisionero que vimos algunos días antes en casa de Ogudipo.

La ejecucion de los dos bandidos tuvo lugar frente la morada de su abuelo, en cuyo provecho se hacian todos los robos. Este último, haciendo gala de repugnante cinismo, permaneció sentado en el umbral de su puerta cuando á dos pasos de él se inmoló á sus propios hijos. El ejecutor en jefe dió el primer golpe de maza á una de las víctimas, y luego sus ayudantes se precipitaron sobre ella, hiriéndola atrozmente. El último ejecutado fué el niño, cuyos gritos partian el corazon; pero el decreto que le condenaba era irrevocable, y sufrió la misma suerte que su padre. Luego, como algunos se apresurasen á retirar los cadáveres, el jefe de la justicia ordenó que se les dejase en la calle todo el día, á fin de que el pueblo pudiera reconocerlos.

Para distraernos de tan triste espectáculo, á las siete

de la mañana siguiente salimos al campo. El objetivo de nuestra excursión fué Oshielé, el último pueblo que hay entre los Ibadanos y los Egbas, y que es como un puesto avanzado desde el cual se pueden vigilar los movimientos del enemigo. Montados en caballos que debimos á la complacencia de dos católicos, seguimos durante tres horas un sendero que cruzaba magníficos cultivos de yuca y de maíz. Gran número de negros iban y venían trayendo en la cabeza batatas, madera, gallinas, alfónsigos y naranjas; todos iban cargados; no se veía un niño siquiera que no llevase alegremente su paquetito. Los inmensos campos por donde íbamos veíanse poblados de esclavos que nos saludaban y bendecían. A trechos los encontrábamos reunidos en numerosas bandas, por lo común á la orilla de un río: depuestos los fardos al suelo, los hombres tomaban un baño, las niñas iban á buscar agua para las mayores, y los jóvenes asistían á los viejos. Más de una vez sentí humedecerse los ojos viendo á tiernas criaturas olvidar sus fatigas para prodigar á su madre ó á una compañera de esclavitud caricias que parecían volverles á la vida. Sería preciso tener corazón de bronce para no conmoverse oyendo los gemidos de los ancianos encorvados bajo el peso que se les había impuesto: deseaba de todo corazón el fin de sus sufrimientos, y hubiera querido compartírselos por amor de Jesús.

Complacidos de nuestro paseo á Oshielé, volvimos á Abeokuta, á donde llegamos al anochecer. Los Ibalogunos del rey de la capital y de Tessi nos esperaban. «Pronto debéis recibir, decían, un buen terreno de manos del rey de Alaka.» Este último parece que quería hacerse de rogar, y estaba muy perplejo, pues ¿cómo desposeer á un propietario? La cosa no era tan fácil como eso para un príncipe sin autoridad, pues los Egbas no reconocen más jefe que á Ogudipo, y han pasado los tiempos en que aquí un rey ávido podía enriquecerse á expensas de sus súbditos. Cuando el jefe manda comparecer á alguno en su choza, si éste tiene buenos modos responde que lleva prisa y le falta tiempo, y si ha perdido todo respeto, lo que no es raro, rehúsa simplemente recibir al mensajero portador de la Real espada. «Yo soy Egba, mi padre vivió aquí en otro tiempo; soy hijo de esta tierra lo mismo que el rey...» Tal es el argumento ante el cual se contiene el poder del soberano de Alaka. Sin embargo, como estaba comprometido á complacernos, conferenció largo tiempo, y consiguió por fin que uno de sus magnates le cediese un terreno para los blancos.

Esto fué como la postrera formalidad, pues poseíamos ya un magnífico solar debido al desprendimiento del rey de Onitoko. Vense allí todavía las paredes de la choza que hace tres años habitó un famoso hechicero, objeto de execración universal. Arikanki, tal era el nombre de este asesino, que poseía profundo conocimiento de las plantas y de sus virtudes, de lo que se aprovechaba para elaborar venenos sutiles cuyo secreto sólo él conocía, y sabía multitud de recetas para matar sin ser visto ni conocido. Si alguno tenía la desdicha de desagradarle, al momento Arikanki se dirigía á casa de su enemigo, simulaba gran tristeza, y aprovechábase de la turbación de los presentes para verter el veneno que debía matar á su víctima. Retirábase más satisfecho, y el día siguiente era el primero en anunciar la muerte del infeliz. Ape-

nas se le denunciaba un rival, se daba prisa á envenenarle. Sus propios hermanos cayeron á sus golpes á medida que desconfió de ellos.

Estos crímenes excitaban la indignación del rey de Onitoko, quien le desterró. Arikanki vino entonces á establecerse en el terreno que poseemos. Bajo pretexto de curar á los enfermos, vendía remedios que costaban siempre la vida á alguien. Cuando salía para mendigar alimento, los niños y las mujeres emprendían la fuga, y los mercaderes, temiendo su infernal poder, le daban todo lo que pedía.

Llegó por fin la hora de la justicia. Cierta día Arikanki, después de envenenar á un hombre, bebió mucho *tafia* y acabó por dormirse: entonces reunióse la multitud para darle muerte. Atáronle con fuertes cuerdas, pero las rompió sucesivamente: por último se recurrió á ramas flexibles y sólidas, y por primera vez quedó impotente la ciencia del fetiche. Condenáronle á morir de hambre, y á fin de hacer más cruel su suplicio, atáronle á los pies el frío cadáver de su última víctima. Nadie se atrevió á trasponer el umbral de la casa del hechicero: sólo algunos niños, atraídos por la curiosidad, llevaron provisiones á aquel miserable, y prolongaron de este modo su agonía más de veinte días. Cuando dejaron de oírse sus aullidos, una multitud de jóvenes curiosos, armados con sables y cuchillos, se decidieron á penetrar en la infecta mansión del envenenador. Removiéronle con un palo para cerciorarse de su muerte, y no juzgándole digno de sepultura, dejáronle expuesto á la intemperie. Los perros dieron buena cuenta de su carne y dispersaron sus huesos por todo el barrio.

Cuando nuestros operarios roturaron el terreno, detuviéronse ante la choza del hechicero, negándose á derribar las paredes medio arruinadas. En un rincón veíanse frascos casi llenos de veneno. A vista de esta infernal farmacia los más resueltos no se atrevían á respirar y estaban perplejos.

Mas ¿cómo describir el espanto general cuando uno de los negros descubrió entre un montón de yerbas la cabeza de Arikanki? El pobre esclavo, cuchillo en mano, manteníase á la defensiva, sin atreverse á dar un paso.

— El hechicero está muerto, le dije; nada tienes que temer; y además, el blanco es más fuerte que él.

Alentado por el gesto con que acompañé estas últimas palabras, tomó la cabeza de Arikanki y la mostró á sus compañeros, acto de valor que fué saludado con estrepitosas carcajadas.

El terreno que nos dió el rey de la capital tiene su historia, como el precedente. Antes de pasar definitivamente en poder de los católicos fué teatro de sacrificios humanos: así para apaciguar los fetiches que el blanco quería reemplazar, el rey hizo inmolar algunas tórtolas, cabras y corderos.

A veinte pasos de estos últimos campos hay un tercer emplazamiento, sin disputa el mejor de todos, pues domina los alrededores, y desde él se descubre el valle y las colinas, cubiertas de ricos cultivos.

— Si se nos da esta casa, dijimos, podremos levantar una casa y escuelas para niñas: entonces haremos venir mujeres blancas que no se casan, y que permanecerán siempre aquí para amar é instruir á los niños: es menes-

ter aire muy fresco para esas mujeres que vienen del país del frío, y este lugar sería bueno para su salud.

—*Toto ni* (es verdad), dijeron.

Un jefe de guerra, al saber que deseábamos este terreno, indignóse contra los que nos ayudaban para obtenerlo.

—Aquí, dijo, se ejecutó en otro tiempo á los malhechores: no quiero que mis amigos los blancos permanezcan en medio de los muertos.

■ Demostrámosle que esto era una razón de más para que nosotros lo deseáramos. ¿Podíamos, en efecto, escoger lugar más á propósito para arrojar definitivamente á Satanás de este retiro en donde había dominado despóticamente y recibido los homenajes de una multitud temerosa y aterrorizada? Dentro de algunos días este campo será purificado, y la cruz reemplazará el innoble fe-

tiche elevado en honor del padre de la impureza. Antes de una semana abriremos una escuela de nago y de inglés. Los Egbas, grandes admiradores de los *Aguda*, nos mandarán sus hijos para instruirlos. Muchos de ellos nos lo han ya prometido.

¡Cuán fácil nos sería rescatar esclavos si tuviésemos recursos! Después de cada expedición guerrera, aquí muy frecuentes, bastaría dirigirse á uno de los mercados, en los que yacen confundidas familias enteras de cautivos. No faltarían quienes tenderían hácia nosotros sus brazos, diciéndonos: «¡Blanco, cómprame!» Pero, ¿á qué fin exponerme á espectáculo tan desgarrador no contando con el menor peculio? Estos pobres niños, que serían objeto de la solicitud de los misioneros, están destinados á ser explotados por dueños inhumanos.

Si á tantos miles de cristianos europeos que buscan



COSTA DE LOS ESCLAVOS.—Grupo de negros de Abeokuta.

ocasion de hacer bien y de colocar á crecido interés parte de su fortuna, les fuese dado visitar esos mercados de carne humana, muchos se apresurarian á librar de tanta miseria á esos pobres hermanos dignos de toda nuestra ternura. ¡Cuántas almas buenas pudieran favorecer á esos infelices africanos sin abandonar las dulzuras de familia ni el suelo querido de la patria! ¡Es tan fácil rescatar á un pobre negro y ponerle en estado de ser hijo de Dios! A nosotros nos incumbiría la misión de transformar estos esclavos de Satanás en cristianos que pedirían al cielo una lluvia de bendiciones para sus bienhechores.

Abierto está el camino, amados compañeros que aspiráis á la vida de sacrificio: Abeokuta es un nuevo campo confiado á vuestro celo. Venid; los paganos están pidiendo á los blancos de Europa.

Al emprender el viaje de Abeokuta nos pusimos bajo la protección de san Pedro. El nos ha atendido y atenderá todavía al suplicarle disponga los corazones en favor de la iglesia de Abeokuta, cuyo patron es. Edificada sobre la roca, ella será, como todas las obras de Dios, inquebrantable, y desde ahora tiene asegurado el triunfo definitivo. No nos faltarán contradicciones, y los protestantes ya nos mueven guerra; pero esto será para nosotros nueva prenda de victoria.

En breve cuento daros á conocer el laborioso pueblo de los Egbas: por hoy este breve relato os probará mi buena voluntad.

CARTA-DESCRIPCION Á VUELA PLUMA DE LAS ISLAS FILIPINAS.

Mi distinguido amigo: Deseando cumplir tu encargo de que mandase de aquí un *baguio* y una descripción de las cosas del país, voy á tratar de cumplir lo segundo lo mejor que pueda y Dios me dé á entender: en cuanto al *baguio* y sus hermanos los temblores, será mejor dejarlos quietos, que ya vendrán sin que los llamen.

En tiempo de Carlos V el célebre Hernando de Magallanes, portugués de nacion, ofreció al Rey buscar nuevo paso á la mar del Sur, como en efecto lo halló por el estrecho que lleva su nombre, y el sábado de Pasion del año 1521 descubrió las Filipinas y les dió el nombre de *San Lázaro*. Esta armada tuvo malos resultados por haber sido muerto el célebre caudillo en la isla *Mactan*: la nave que quedó se volvió á España por el Cabo de Buena-Esperanza, siendo por este motivo el primer buque que dió la vuelta al globo. Vinieron luego hasta cuatro expediciones, pero todas con mal éxito, hasta que la quinta, mandada por Legaspi, pudo reducir estos vastos dominios, no tanto por la fuerza de las armas, como por la eficacia de la predicacion de los misioneros Agustinos que acompañaron á la expedicion; por lo que en poco tiempo se vió ondear el pabellon español en las partes más principales de estas islas, sin haber sido necesario hacer uso de las armas. Aquellos misioneros, cuyos nombres apenas conservan algunos viejos cronicones, ignorados del mundo y sin aspiraciones que satisfacer, animados del santo deseo de imitar á los Apóstoles y servir á Dios y al prójimo, con una cruz en la mano penetraban en los bosques y surcaban los rios en ligeras barquillas hechas del tronco de un árbol: con la dulzura de su palabra atraian las voluntades, y todos les seguian formando pueblos á las orillas de los rios, y á la sombra de la cruz crecia la civilizacion, se reformaba la moral y se implantaban las industrias. Aun en el dia se puede casi asegurar que saliendo de Manila, si se ve un ladrillo sobre otro ó una piedra pulimentada, algun misionero ha dirigido la construccion.

Los antiguos creyeron inhabitable la zona tórrida, pues discurrían que si á los treinta grados hacia tanto calor, ¡qué no seria á cero grados! En efecto, si tuviese uno que estar al sol del medio dia, podia estar seguro de derretirse; pero está con frecuencia el cielo cubierto de nubes, hay continuas lluvias y mucha humedad á causa de ser la tierra cavernosa y rodeada de aguas: esta humedad se templá con el sol, y de este conjunto de causas resulta un temperamento benigno y sano. Aquí no hay cuatro estaciones; sólo se conoce *tagolan* y *tagarao*, tiempo de aguas y tiempo de sequía; pero apenas se distinguen, y siempre se goza de una deliciosa primavera. Algunas veces en el cambio de una estacion á otra hay vientos feroces que derriban casas de materiales ligeros, destruyen techumbres, arrancan de cuajo y se llevan robustos árboles. Dicen los sabios que este metéoro camina en cierta direccion; y en efecto, fuera de la zona que sigue, apenas se percibe: este es el *baguio* del que tú querias que te mandase una cria: hay tambien por tiempos tantas lluvias, que todo se convierte en un dilatado mar, y es cosa de ver las barcas cruzando las calles y á

los naturales pescando desde las ventanas. Dicen los viejos en el país que suele estar lloviendo diez meses y que se pierde la cosecha por falta de aguas; y es refran comun en el país decir: *Cuatro meses de polto, cuatro de lodo y cuatro de todo*. A estos diluvios en pequeño llaman aquí *collas*.

Todo el año es á propósito para haber temblores, magníficos, soberbios, formidables, que algunas veces se tocan las campanas cuando no viene al suelo el campanario: nos columpian de balde, pero el susto vale un mundo. Un inglés amigo de impresiones fuertes estaba deseando sentir un temblor para gozar con el espectáculo: estando comiendo vino uno de los buenos y no se movió: al ver bailar la vajilla y danzar las lámparas, *Fruor, fruor*, gritaba; pero empezó á desmoronarse la casa y hundirse los techos; saltó de una ventana y se deslomó. Otra delicia del país son los muchos incendios que suceden todos los años: como las casas son tan combustibles, si sopla algo de viento se queman todas las que están en su direccion, por estar tan apiñadas y ser todas de caña y nipa, materiales que con los calores se ponen como yesca; y es cosa probada y de todos reconocida que los incendios sólo se cortan cuando llegan á una sementera que no tiene que quemar.

Caña, coco y bejuco; bejuco, coco y caña, que ni se pueden pronunciar aprisa, son los tres artículos indispensables al indio: con *coco, caña y bejuco* es feliz, y si Dios no se lo hubiese regalado con tanta abundancia, tendria que hacer otra edicion de la creacion corregida y aumentada, ó quitar al indio de en medio, porque no podria vivir sin *caña, coco y bejuco*.

En un incendio nada se apura el indio: saca algo si puede, y luego, como un filósofo, contempla el progreso de las llamas puesto en cucullas y acariciando su gallo, que siempre procura salvar á la par de los hijos.

Toda la tierra es llana en general, con muchísimos rios, la mayor parte navegables para el comercio interior: magníficas y firmes calzadas para toda clase de coches y hasta para las innobles *carromatas* inventadas por un amigo mio bulaqueño el año 50, que para sacar hielos de Manila, llegado de América, de un coche viejo cogió las dos ruedas traseras, puso sobre ellas un cajon sobre dos flechas de palma brava con su toldo de hule, y cáta un carricoche, que con un caballo iba y venia de Manila con presteza: gustó la idea, se corrigió y reformó, cayó en gracia, y hoy dia es el vehiculo más barato, aunque no el más cómodo, que en todas partes se encuentra, y con unos como caballos y unos como cocheros marcha hasta por los vericuetos: á pesar de los atalajes de cordeles y hojas de plátano y los cocheros de siete años, suceden pocas desgracias relativamente al número tan grande de *carromatas*: tropezones y volteretas; pero siempre caen de pié y botan como pelotas sin hacerse daño. ¡*Carromata! ven ustedes—que es un nombre que le cuadra—pues que á caballo y cochero—á veces el DE LOS FRUTOS, y carromata*.

La tierra es viciosa en la fertilidad. Todo el año están los árboles verdes, y á raros se les cae la hoja y luego se les renueva. Los frutales tienen regularmente flor, fruta verde y madura. Todo el año hay rosas y otras flores; todos los meses hay frutas propias, y los plátanos son de todo el año. Del tamarindo (*tamarindus*), cuya fruta

se parece á las algarrobas, se hacen bebidas refrigerantes y medicinales. La fruta más general es el plátano ó *banano*, que nada tiene que ver ni se parece al plátano de la Escritura: las hojas son tan grandes que con una se cubre un hombre de piés á cabeza, y cuando llueve es muy comun el ver á los indios cubiertos de ellas á guisa de impermeable. Cada planta da un racimo de ciento á doscientos plátanos, y luego se muere dejando dos ó más retoños: cada racimo puede cargar á un hombre; son de la figura de higos chumbos, en lo general pajizos y algunos verdosos. Los sabios les dan el nombre de *musa del paraíso*, y conocen á toda la familia por sus nombres y apellidos hasta el número 50: el indio le llama *saguing* y hasta *bragas de Adán*, porque dice que fué lo primero que vistió el abuelo.

La piña (*bromelio ananas*) tiene un aroma especial y un sabor exquisito; de sus hojas, parecidas á la pita, se hacen los celebrados tejidos de piña, sin igual en finura y tan buscados en el comercio: no en vano se dice que la piña es la reina de las frutas: tan grandes como un buen melón, su color es rosado, la cubierta áspera, y su olor es tan agradable que la hace apetecible: casi todas las frutas de aquí son tan grandes, que alguna carga á un hombre, como la nangca (*autocarpus*). Otra fruta muy estimada, y que al llegar las nuevas se pagan á peseta y hasta á medio peso una, son las mangas (*mangifera*): el árbol es corpulento cual un moral; la fruta figura un corazón bien formado de un jeme de largo poco más ó menos, de color pajizo con alguna mezcla de verde; es sabrosísima, aunque en los principios no gusta por saber algo á resina, porque no son inertadas; su olor es aromático y su pellejo liso y suave. Los lanzones (*lansium*) y los chicos (*achras*) son muy sabrosos.

El cacao puede competir con el de Caracas: rico café, el primero quizás despues del de Moka, en especial el llamado *de caracolillo*, que es el mismo, únicamente que en lugar de dos granos que tiene cada boton, algunos no tienen más que uno, y en este se encierra la sustancia que tendrían los dos. Hay canela y canelón en mucha abundancia, pimienta y achuete que suple el pimentón; se cultiva mucho la caña dulce, de que se exporta mucho azúcar: son muchas las provincias en que hay por cientos los ingenios y molinos de vapor: en tiempo de la zafra ó molienda todo el mundo come caña dulce; grandes y chicos van mascando por todas partes. Los *camotes*, especie de batata, son muy abundantes: de tubérculos hay muchas clases, algunas muy grandes.

En ninguna cosa se ha mostrado esta tierra tan pródiga madre con los indios como en la abundancia de cañas, palmas y bejucos, que son los tres elementos de que se compaginan y perjeñan todos los utensilios necesarios al indio: de ellos se hacen las casas, los carros, los andamios hasta lo infinito, escaleras, techos, frisos, mesas, bancos, etc., etc.; se puede asegurar que son artículos de primera necesidad.

Ninguna provincia del mundo excederá á Filipinas en tener tantas y tan excelentes maderas: afirman algunos haber aquí un árbol que de cada hoja que cae al suelo al punto se forma un ratón: no era mal almacén para los gatos. Esto es falta de sentido; pero no lo es el decir que hay árboles que dan camisas, porque el *tisus* del coco puede servir de tal, y con las hojas de palma tejidas

se puede vestir de piés á cabeza, con sombrero, botas y guantes. Dice el P. Blanco que hay un árbol cuya semilla son moscas, y segun él lo explica es de creer, y él lo ha visto.

El arroz es el pan cotidiano de toda el Asia y la cosecha ordinaria del país: se da mucho, blanco y bueno; y se pudiera aumentar por la fertilidad de la tierra: en algunas partes hay dos cosechas al año, y de maíz hasta tres.

El arroz se descascara á mano en un pilón que llaman *luzon*, y de aquí el nombre de la isla en que está Manila, puesto por los primeros españoles porque en cada casa encontraban el propio mueble: se cuece en una olla con sólo agua, y luego sirve de pan que comen con los cinco dedos, porque no se conocen aquí las cucharas, sino es como mueble de adorno en las grandes fiestas: del maíz comen las panochas asadas, cocidas y fritas; pero no saben de él otros condimentos: también seco lo mezclan con el arroz, y dicen que es muy bueno.

En Manila hay muchas panaderías para los europeos; para los indios el pan es golosina, como rosquillas para los niños.

Los *mongos* (*phascolus*) son buena legumbre; parecen yeros y para ciertos guisos son buenos, en especial para hacer *puré* de mingo, que es rica sopa: en fin, hay de todo lo necesario para la vida y en abundancia: lo que escasea un poco son las pesetas, pero trabajando se encuentran.

ANIMALES.

Hay muchas vacadas cuya casta se dice que vino de China: cuando los toros son grandes tienen en el lomo una corcova como los camellos; las astas no son arqueadas mirándose mutuamente sus puntas, sino mirando hacia adelante y pequeñas: á los indios les sirven de mulos y borricos para llevar sus cargas, y los montan, porque dicen que tienen muy buen paso. Esta es la carne ordinaria: hay además carneros y cabras, pero no abundan, porque al indio no le gusta la carne de estos animales; pero le gusta la de perro, que en estofado es el gran regalo para él.

En los montes hay jabalies y venados, y en las casas cerdos monstruosos por lo grandes y gordos, de que se hace manteca que sirve para guisar en lugar de aceite, que está caro y que al indio no le gusta, porque dice que huele á santos Oleos, y está permitido guisar con manteca hasta en Cuaresma. Hay conejos blancos en las casas, pero no en el campo, porque se mueren por la humedad y los persiguen las culebras, que tantas y tan grandes hay aquí.

Los indios tenían perros y gatos, pero pequeños: suelen estar aquí juntos y comer en el mismo plato, como buenos hermanos, sin riñas ni disputas: sin duda por la humedad les faltan los corpúsculos, átomos, moléculas y fibras que en otras partes les irritan mutuamente, que es proverbial su repugnancia.

Los carabaos ó búfalos vinieron de la China; son altos con grande cornamenta y tienen la fuerza de dos bueyes: este es el ganado de que regularmente se sirve el indio para sus labores y trabajos: el indio le habla y él le entiende perfectamente, pero su diccionario es muy corto: ¡*Jece!* ¡tira todo lo que puedas! ¡*Laa!* ¡para, no te menees! Pero alguna que otra vez también se le calienta

la cabeza y se pronuncia en rebeldía, y entonces lo mejor es dejarlo, porque son temibles sus astas, que maneja con mucha destreza. Se bañan en los ríos todos los días, pero es su mayor placer bañarse en los lodazales, y sobre ser ya muy feos, con el almidon que sacan de los pecinales quedan horribles y asquerosos: con este barniz se libran de los mosquitos, que á pesar de su gruesa piel les molestan mucho: los indios los montan, y es particular ver á cuatro ó más muchachos montados en uno, que no parece sino que el carabao va soberbio con la carga y camina con mucha prosopopeya: si alguno de los granujas se cae ó á veces todos, se planta y espera á que se vuelvan á colocar, lo que ejecutan escalando al pobre animal por todos los costados, sirviéndose con especialidad de su pelada cola.

Los caballos son de buena raza, andan en los campos sin pastor y se multiplican mucho; viven descalzos al uso de la tierra, pues donde los racionales no usan zapatos, no deben usarlos los irracionales: por eso se dice que aquí todo anda *errado* menos los caballos: en Manila, por ser las calles y calzadas más fuertes, ya los hieran de los delanteros; pero en provincias andan á lo primitivo.

Por rareza se ve un burro, á lo menos de cuatro piés, y les dan el nombre del dueño. Los machines, monos ó micos, que con todos estos nombres se les conoce, abundan en los bosques: viven en tribus ó familias, y es peligroso pasar por sus Estados, porque con palos y piedras, poniendo la cara fea y berreando como desesperados, persiguen al extranjero que penetra en sus dominios.

Abundan las gallinas caseras y de monte: el gallo es el idolillo de los naturales; le llevan en sus embarcaciones, le cuidan y regalan en sus casas, y por los caminos y montes van cargados con él: su mayor diversion es el juego de gallo; les ponen en el espolon una lanceta (*tarri*) aguda y afilada; los encienden picando el uno al otro las orejas, y los sueltan con arte, para lo que hay soltadores de profesion, y es cosa de segundos, porque pronto uno de los rivales queda muerto ó fuera de combate, cuando no están los dos heridos; y entonces, valientes ambos, uno en frente del otro, se desangran y pierde el que primero clava el pico, esto es, que al morir pone el pico en el suelo. El dueño del difunto vuelve á su casa á comérselo con su familia, habiendo dejado su fortuna y el porvenir de sus hijos en la gallera. Si no fuera el aliciente de este juego, permitido todos los días de fiesta y de corte, el indio, que no tiene apenas necesidades, no trabajaria, pues para comer se lo da la naturaleza ya producido, sin trabajo alguno, y para vestir... Vaya... al año que faltasen aquí los misioneros, andaria á lo RAJA MATANDA con *bajac* y *salacot*.

Hay gallos muy valientes que ganan mucho dinero á su dueño, y se cuentan algunos vencedores en la lid más de cuarenta veces; y con estas esperanzas, ó por mejor decir, por cierta pasion secreta, los indios primero pasan ellos necesidad que dejarla pasar al gallo: el filipino es inseparable de su gallo: *Cástor* y *Polux*, *Piramo* y *Tisbe*; en fin, los *inseparables*.

Los montes están llenos de palomas y otras muchísimas clases de aves, como loros, cotorras, cacatúas y hasta cuervos, y cosa rara, hasta hay pájaros blancos donde los hombres son pardos.

Mucho y diverso es el pescado que se nota en estas islas: en un terreno seco y agrietado, á las pocas horas de haber llovido ya se coge pescado; parece que ha caído del cielo. Los potables ríos de estas islas antiguamente se hallaban llenos de caimanes; pero tal maña se han dado los indios en perseguirlos, que ahora el que quiera tener el placer de ver uno tiene que ir á Mindanao ó Cagayan: en la laguna Bay cerca de la isla de Talim se ven algunos cientos, pero ya no hacen aquellos estragos de comerse á los *niños crudos*.

Lo que abundan aún son las culebras, algunas formidables por lo largas y gruesas; pocas son las ponzoñosas, pero nunca causa gracia encontrarlas en las habitaciones, y en la cama al dar una vuelta tropezar con el cuerpo frio y asqueroso de un *sagua*, aunque esto rarísima vez: las más terribles, que matan en pocos minutos, son el *alopon* y el *dajumpalay*; pero las demás suelen ser bobas, y ó se lo comen á uno entero, ó si pican sólo dan un poco de calentura. Otra hay que desde los árboles, donde habita, se coge un carabao pequeño ó un venado, cuyos cuernos se marcan muy bien, en su estómago. Estos animales grandes se les evita con facilidad: lo malo son los *alacrane*s y los *ciempiés*, que se hallan en todas partes y hasta entre papeles y libros, cuya picadura duele mucho, y sólo se cura y alivia poniendo unos dientes de ajo machacado sobre la cisura.

Entre otros varios animalejos más ó menos feos debo contar el *chacon*, de la figura de lagarto, pero sin los colores vivos de éste: vive en los desvanes y anda á corso continuo de moscas, cucarachas y lagartijas, que todos abundan en grado superlativo: su canto es monótono, y sólo repite estas voces: «Toko, toko,» subiendo y bajando la voz como quien solfea. Como unas veces da más voces, otras menos, los indios las cuentan y dicen que ese será el precio del *palay*.

La variedad y muchedumbre de hormigas á causa de la humedad y calor es increíble: algunos, en especial enfermos de gravedad, son materialmente devorados por ellas; sólo viéndolo se puede formar idea. No se puede conservar cosa alguna sin valerse de mil astucias; pero si uno sabe mucho, las hormigas saben más; deben de tener muy buena vista y mejor olfato. Las hay radicadas y las hay nómadas: estas se ven por algunos días formando un cordon, emigrando á otro punto con sus crias á lomo: se las ataja haciendo una raya con carbon, del que huyen espantadas, y éste es el mejor medio para librarse de ellas: el polvo del carbon nunca lo pasan; por eso se le suele poner á los piés de los catres.

COMERCIO.

El más noble de los minerales que se conocen es el oro, y en Filipinas es un ramo de comercio bastante lucrativo: lo sacan de los ríos con arena que lavan de un modo especial, y da por resultado oro en polvo ó en laminillas muy finas, mezclado con pirita de hierro, que se separa con una piedra iman: en algunas llanuras se ven campamentos minando la tierra, y cuando hallan alguna *bolsa*, que ellos dicen, celebran una gran funcion, y hay lechon y vino en abundancia. Se halla algalia muy buena y fina: se cogen muy buenas perlas, cuyo grandor y nobleza es admirable. Hay muchedumbre de abejas que crían en los bosques sin otro cuidado, y

para coger la cera ahuman el árbol hasta que se marchan las abejas.

De los volcanes, que hay muchos y son las válvulas de seguridad de esta caldera sobre que vivimos, se saca abundancia de azufre. El añil, con que se tiñe de azul, se coge en abundancia, lo mismo que el palo campeche, que dicen *sibuaco*, y que sin cultivo se cria en los montes. El tabaco es otro nobilísimo género que crece con mucha facilidad hasta en las torres de las iglesias: por su buena calidad es conocido del comercio, y en el país se consume mucho, porque grandes y chicos, hombres y mujeres se ven con su puro en la boca, que parecen chimeneas vivientes; pero lo raro es ver á las viejas con un cigarro de á tercia con el fuego dentro de la boca, es decir, al revés. Del abuso del tabaco, fumado y mascado, dicen algunos procede la enfermedad extraña y común en el país que llaman el *colo colo*, especie de contracción nerviosa que hace retirar la lengua.

Muchos son los ramos de comercio; pero el primero es el tabaco y despues el azúcar, abacá, café, etc., y las maderas, sin contar otras pequeñas industrias, como los sombreros de caña y de bejuco, las petacas de lo mismo y la famosa piña, más fina que la mejor batista y tan apreciada aún en las naciones centro de la misma industria. Para trabajarla se ponen las mujeres dentro de pabellones para que el viento no rompa los hilos. En maquinaria está muy atrasada la colonia á causa de la insuficiencia para inventar de los

INDIOS.

No será posible ni al mejor lógico y estirado catedrático dar una definición categoremática del indígena; sólo podría hablar de él mirado en su fachada, que si entramos en lo interior de sus ingenios y propiedades son un caos, un laberinto, en que pierde el tino el más atinado; y el hilo de Medea no sería tan útil al investigador como lo fué á Jason en el de Creta. Habitados nosotros á la educación y costumbres europeas, nos parecen raras las oceánicas del indio, hasta el punto de parecernos indefinible su carácter, y casi inclinarnos á creer lo que decia un señor que no debía de ser su devoto, á saber, que por equivocacion hace alguna cosa á derechas; y en efecto, hasta un capote, que nosotros doblamos por dentro, ellos lo doblan para afuera; nosotros damos la derecha á personas de nuestro respeto, ellos la izquierda, y así de lo demás.

Muchas son las provincias de Filipinas, pero sólo me refiero á la Tagala, que es la que más he tratado por estar Manila en esta provincia. El modo de hablar es muy cortesano: cuando pasan por delante de una persona de alta categoría piden la vènia, bajándose de medio lado con la mano hasta la rodilla, y de este modo encorvados pasan como cortando el aire por delante de la gente, diciendo en su lengua: *Tabípo*, esto es, con permiso, señor; y será un grosero el que no lo haga.

Ordinariamente se sientan en cuclillas y se suben á las sillas para hacer lo mismo, y aunque los más avisados se rien de la postura, llamándola *opongaso* (sentarse á lo perro), no por eso se enmiendan. Aman naturalmente la desnudez, y no es raro hallarlos en sus casas medio desnudos, y cuando pescan, aran ó van al monte usan sólo unos calzones (*bajac*): su vestido ordinario

es un pantalón y una camisa sobre el mismo, y algunos un sombrero de paja ó *salacot* bastante cómodo para el país; pero lo más regular es llevar un pañuelo atado á la cabeza á modo de turbante ó de otras mil maneras, pues muchas veces me puse á observar y no he visto á dos que lleven el pañuelo amarrado del mismo modo. En los días clásicos se visten lo mismo, pero son las prendas de más valor: al principio me parecia cosa indecente el verlos en la iglesia en traje de dormir, pero ya no lo extraño.

Las mujeres usan saya de vivos colores sobre las enaguas, que hacen de camison: un *tapis* de cinco cuartas sobre la saya, ceñido á la cintura y sujeto en la pretina de la saya, llega hasta la rodilla: una chaquetilla de amplias mangas que llaman camisa, y escapularios y rosarios al cuello: hasta las más pobres llevan alguna alhaja en aretes, peinetas y anillos, que en las ricas valen algunos miles de pesos.

Los capitanes de los pueblos, ó sean los alcaldes pedáneos, que aquí oficialmente se llaman *gobernadorcillos*, suelen llevar una chaqueta sobre la camisa, y esto con el baston de borlas son el distintivo de su autoridad: algunas veces se visten á la española, y es cosa digna de verse, pues para usar levita, á una chaqueta le ponen faldones y están ya paquetes: en esos días hasta se permiten usar botitos, que antes de volver á casa se quitan en la primera esquina, porque mortifican mucho á sus piés de alavanco: antiguamente llevaban mucho oro en rosarios y cadenas ó caireles, y las mujeres grandes peinetas y brazaletes; pero ahora una cinta negra y lo más un anillo ó dos de valor.

No he podido averiguar, despues de leer libros viejos y consultar á muchos ancianos, por qué en el país se abusa de los diminutivos: al alcalde de un pueblo se le llama *gobernadorcillo*; á su secretario, que le sirve de director y le traduce las órdenes del Juzgado, le llaman *directorcillo*; al vacunador oficial y con sueldo, *vacunadorcillo*; á los médicos sin título académico, *mediquillo*; y así de otras varias cosas: tenia razon aquel inglés que decia ser los indios *niños grandes*.

Los filipinos son de buen cuerpo; el color es bazo ó más bien oricobrizo; la nariz en todos obtusa; pero tienen un olfato superior, pues los criados de los españoles conocen las prendas de sus amos por el olor entre ciento que estén reunidas. Sus ojos son grandes, hermosos y rasgados, con lo que se diferencian de los de los chinos, oblicuos y corcusidos á modo de ojetes.

El pelo es el idollito de los indios, pues lo cuidan y peinan con gran esmero; es negro y largo. Las barbas son pequeñas y ralas, sin que haya uno de barba cerrada y espesa, y en esto se distinguen de los españoles insulares; bien que hay algunos de éstos con barba tan miserable, que sin mucho disimulo pueden pasar por indios. Todos son por lo regular bien agestados, y aunque tienen el color de membrillo cocido, son muy agraciados, y con mucho donaire se pasean y andan más derechos que husos, sin la mochila que llevan algunos que yo conozco y que tanto les afea: la causa es que desde niños duermen en el suelo y en duro. Su mayor gloria es imitar al europeo en vestido, pompa y costumbres: han abandonado los antiguos bailes de *comintan* y *tatindao* por los vales, polkas y habaneras, así como el canto del

cundiman por canciones españolas, que estropean con mucha gracia; por ejemplo:

Hoy los hijos de Alfonso y Pelayo,
De Isabel y de Jaime y del Cid,
El honor de los héroes iberos
Llevarán en su pecho á la lid.

Pues esto mismo en tono menor, que es el que á ellos les gusta, todos lo hemos oído cantar por todas partes en que había un aristocrático piano ó un plebeyo guitarrillo, del modo siguiente:

Hoy los hijos de Poncio Pilato
De Sabela de Jaime del Cid
El honor de oliveros Civeros
Llevarán en su fecho á la lid.

Conozco á quien le duelen los hipocondrios por haber oído á unas mestizas cantar con mucho entusiasmo la tal canción.

Hay entre los indios excelentes pendolistas de bonita forma y de mucha limpieza en la letra: casi todos saben leer, hasta las mujeres, que se enseñan unas á otras para poder cantar la Pasion en Cuaresma, poema muy bien escrito que les gusta mucho recitar cantando, como hacen con todo lo que es verso. Todos los naturales son aficionados á bañarse, y desde que amanece empiezan esta faena; por lo que hombres y mujeres son diestros en nadar; pero todos los años hay desgracias, y eso que desde niños se ve á las madres chapuzar á sus hijos para ensayarlos.

Hay en Filipinas como en todas partes muchos tontos y majaderos, pero no faltan avisados y hábiles que saben vivir á cuenta de aquellos, y el arte de vivir sin trabajar está muy adelantado aquí.

Hay algunos que estudian latin y hasta teología, y muchos legistas, en que hacen algunos progresos, aunque no grandes, y suelen ser la polilla de los pueblos, pues los enredan en litigios interminables, con lo que los arruinan. En cosas más materiales suelen salir eminentes: habilísimos para cualquier artefacto, no inventando, sino imitando. No se les puede decir si saben hacer una cosa, porque responderán que no; mejor es mandárselo: por ejemplo, hay que sacar un tapon de una botella que se cayó dentro; se les dice: «Saca este tapon sin romper la botella;» y aunque nunca haya visto la operacion, se va á la cocina, y al poco rato vuelve con el tapon en una mano y la botella en la otra. Hallando una hoguera quise encender un tabaco; pedi fuego á una vieja, la que no encontrando más que brasas, puso tierra en la mano, sobre ella la brasa y me la trajo. Son muchos los sastres y barberos; y al poco tiempo aprenden uno y otro oficio: el que hoy es cocinero mañana es cochero, y otro día será pintor ó cargador; todo lo saben. Tienen gran aptitud natural para la pintura y grabado; he visto dibujos y mapas tan limpios y bellos como los puedan hacer en París: son buenos escultores de madera y marfil; buenos arquitectos, aunque sin conocer la línea de gravedad, pero que sus obras resisten los temblores mucho mejor que las hechas por los señores de nivel y compás. Son buenos marineros por lo sobrios y sufridos, y tienen fama en la Oceanía. Hay herbolarios y curanderos que matan con la mismísima facilidad que los europeos; y cualquier osado y atrevido tiene aquí facultad libre de dar pasaporte para el otro barrio con purgas y lavativas

á pasto, porque la necesidad los gradúa de Galenos, debiendo ser de galeotes.

Tienen todos los indios notable habilidad para la música: no hay pueblo que no tenga la suya más ó menos decente, y aunque en algunos es una charanga ratonera, hay otros que no les iguala la del regimiento mejor: estas músicas con las voces necesarias forman las capillas de las iglesias, acompañadas de buenos tiples, tenores, etc., etc., para oficiar. Raro es el indio que no sabe tocar con perfeccion tres, cuatro ó más instrumentos. Por la facilidad que tienen en aprender lo que ven, se dice que tienen el entendimiento en los pies ó en las manos, pues cuanto ven lo imitan.

Los naturales de Filipinas cumplen con el precepto pascual desde Ceniza hasta el 29 de Junio, día de san Pedro y san Pablo: este es el mayor trabajo para los Curas, teniendo que confesar tanta gente, por lo general él solo, pues escasean los sacerdotes.

Tienen los indígenas muchas exenciones de la Silla apostólica: sólo están obligados á oír misa y no trabajar los domingos y ciertas fiestas solemnisimas, que el calendario señala con tres cruces: el ayuno sólo les obliga los viernes de Cuaresma, Sábado Santo y vigilia de la Natividad del Señor, total nueve: bien que á los españoles nos han equiparado á los indios en ayunos y días de precepto; algo hemos ganado, segun dicen, aunque yo creo que hemos perdido en categoria.

En los matrimonios no pasa el impedimento del segundo grado.

Las contribuciones se reducen á una especie de reconocimiento ó vasallaje que pagan por igual pobres y ricos: se le llama tributo, y uno entero, que son dos personas, no llega á dos pesos, y empieza á pagarse á los 18 años y cesa á los 60, que entran en la clase de reservados por edad. Por cada quinientos tributos, que suponen veinte mil almas, recibe el Cura 180 pesos, sin otros diezmos ni primicias, y de aquí tiene que pagar Coadjutor, si lo tiene, porque nada tiene asignado el Gobierno para esta clase.

Los primeros párrocos que hubo en Filipinas fueron los religiosos Agustinos, los cuales administran las tres quintas partes de la poblacion, que se calcula en unos 6 millones, y el resto los Dominicos, Descalzos de san Agustin, y de san Francisco, y en Mindanao los Padres Jesuitas. Es singularísimo el esmero con que se cultiva esta cristiandad, y se puede decir que está aquí en su auge, porque la impiedad no se ha atrevido á arrojar aquí su manzana.

Las procesiones, las misas votivas, los oficios divinos cantados con toda majestad, es cosa que gusta mucho á los indios, y así importunan al Cura para que se lo conceda, en especial las procesiones de noche, que son muy de su gusto, llevando muchas luces, y á falta de candelas llevan hachones de brea (*juepes*) que despiden un incienso poco grato.

Verdaderamente, no teniendo teatros, casinos ó mercados donde concurrir y tratar de sus asuntos, es muy á propósito una fiesta para cultivar sus relaciones, lucir sus galas, contraer amistades y saber lo que pasa por el mundo; además de la parte religiosa, que hasta ahora aún hay fe en el pueblo de Israel.

Es el indio el ente de más conformidad que conozco:

por nada se apura, de todo saca partido, hasta de los castigos de Dios. Si hay peste, cada defuncion es un convite, y sin propasarse comen y beben á cuenta del difunto y se alegran, porque dicen que Dios los visita: si viene una plaga de langosta, ¡magnifico! se la comen hasta que la concluyen: si hay avenidas, ¡soberbio! los peces entran por las ventanas, y se bañan desde la mañana á la noche. Lo que puede con ellos es un temblor, cuando sus casas son unas jaulas en que nada se puede temer: no obstante, alguna tradicion conservan que les aterra; se postran en el suelo con los brazos y piernas abiertos, y rezando dejan pasar el fenómeno. Creo que me he detenido demasiado con ILLANCA, y eso que dejo en el tintero cosas muy buenas que acaso le divertirian, pero seria cosa de no acabar, y basta con lo dicho.

MANILA.

Capital del Archipiélago y asiento del gobierno filipino: está en la boca del rio Pasig, á los 14 grados 36 minutos latitud Norte. Está casi en medio de Luzon y en proporcionada distancia á todas las demás islas: el territorio se llama *Tagalog*, alterado de *taga ilog*, que significa habitante de junto á los rios, porque todos los pueblos están á la orilla de algun rio. Fundada por Legaspi esta ciudad como metrópoli, el rey la dió el título de *noble y siempre leal*, con los privilegios que gozan las ciudades cabezas de España, y le concedió el escudo de armas, que es un castillo de plata en campo rojo en la mitad de arriba, y abajo un medio delfin y leon, que tiene una espada en la mano. La ciudad es llana, las calles derechas, iguales, anchas, bellas y largas, que llegan de una muralla á otra, y dejan dividida la ciudad en cuadradas de cuatro calles iguales: es de hermosa planta, está al fin de una llanada, y remata en una punta aguda de tierra á modo de pñil, bañada por un lado de un rio caudaloso y por otra batida del Oceano, sobre una hermosa bahía de 30 leguas de bojeo, limpia, fondeable y segura, en donde se entra por dos bocanas, grande y chica, dejando en medio la isla Corregidor.

El vecindario de Manila es casi todo de españoles, y en sus arrabales, que son muchos y muy poblados, se ven toda clase de naciones, en especial chinos, ¡¡mucho chino!! de cabeza rapada con coleta y traje especial. Todo el comercio se halla en el barrio de Einondo, donde hay más tiendas que casas: hay muchas tiendas de europeos, pero la generalidad son chinos que se acomodan á todo, desde aguadores hasta las tiendas de diamantes y sederías; todas las casas importadoras suelen ser europeas, pero pocas españolas.

Ninguna colonia de las que fundaron los españoles en Asia y Africa iguala á Manila en grandeza, riqueza, abundancia y vecindario.

Tiene Manila buena catedral, reconstruida y concluida hace poco por haberla destruido el temblor del 63; pero la respetó el del 80. Frente á la catedral hay una plaza cuadrada, en la que estaban el palacio del gobernador general y el Consistorio, que están en ruinas desde el 63. Los edificios más notables son los conventos con sus iglesias, pues los que llaman palacios, incluso el del señor Arzobispo, no pasan de ser unos caserones. El convento de San Agustin, todo de piedra, tiene una bella iglesia toda de bóveda, única en Filipinas: es lindísima

y muy atajada de buena arquitectura, muy superior á todas las demás iglesias: se cuenta que está hecha por un sobrino de Herrera, desterrado á estas partes por un homicidio que habia cometido, y por ser sobrino de su tío, el rey Felipe II le conmutó la pena: hizo aquí muchas obras, y en una de ellas se cayó del andamio, y sin saber cómo se quedó ahorcado: *si non e vero, e ben trovato*.

Hay un colegio llamado de Santa Isabel, de niñas españolas y mestizas de id., dirigido por Hermanas de la Caridad, bajo la presidencia del gobernador civil, y que antiguamente dirigia una Hermandad llamada del Cristo del Tesoro: ha sido muy rica, y á todas las colegialas de beca que se casaban las dotaba con 500 pesos: á este colegio está agregado ahora el de Santa Potenciana, de huérfanas de militares.

Dos ó tres cuarteles hay dentro de la ciudad murada y otros varios en los arrabales, para alojar los siete mil hombres que compondrá la fuerza armada del Archipiélago.

Santa Clara es el único convento de monjas: hay tambien el de Santa Catalina, que son terceras de santo Domingo y tienen clausura: tambien reciben educandas; pero si una vez salen no vuelven á entrar.

Hay un colegio que antiguamente se llamó beaterio de Santa Rosa, á cargo de las Hijas de san Vicente, que tendrá cerca de trescientas educandas y pagan al mes doce pesos. El beaterio de la Compañía es para indias, que sólo pagan cuatro pesos, pero dan tres tandas de ejercicios espirituales á mujeres, y en cada tanda entran más de seiscientas. La Universidad está á cargo de los Padres Dominicos: es un edificio muy grande, que tiene todas las comodidades para cátedras, gabinetes de física y de historia natural bastante bien montados.

El antiguo hospital de San Juan de Dios está á cargo de una Junta que preside el Arzobispo con un administrador, y suficiente número de salas para toda clase de enfermos europeos, chinos, hombres y mujeres, y para sacerdotes: es notable su buena administracion y la limpieza de todas las oficinas.

Además de la Universidad hay el colegio de San Juan de Letran, en que hay internos y externos; sus estudios están unidos á la Universidad, así como el colegio antiguo de San José, que está ahora dedicado á medicina y farmacia. Los Padres Jesuitas dirigen su Ateneo, donde se estudian toda la primera y segunda enseñanza, y de comercio y agrimensura.

Las iglesias de Santo Domingo, San Francisco y Recoletos de san Agustin son bastante buenas, con cubierta de hierro y muy capaces: fuera de la iglesia de Santa Clara ya no hay más templos públicos; el de los Jesuitas es una capilla, pero están levantando una buena.

Hay en la ciudad y sus arrabales muchas boticas de europeos, lo general alemanes, y algunas de chino para los de su nacion. Muchos médicos de diversas naciones, pero es extraño que hay aún gente que acude á los médicos chinos, que á mi ver no tienen más saber que su mucha osadía, usando y aún abusando del opio, que como gran calmante parece que cura algunas veces.

En un ángulo de la ciudad está la maestranza de artillería. La ciudad es un polígono irregular, y se puede reducir á pentágono su figura. La muralla es alta y terraplenada, tiene buenos y capaces baluartes guarnecidos

CRÓNICA.

de gruesa artillería: por una parte la cerca el caudaloso río Pasig, por otra el mar y por otra un foso ancho de terreno pantanoso é intransitable, y por ninguna parte se puede minar. En la punta que forma la desembocadura del río en el mar se halla la fortaleza de Santiago, con guarnición europea y buena artillería, almacenes, pozos, bóvedas, plazas, salas y todo lo necesario á una fortaleza que se considera la llave de la colonia.

Los extranjeros se admiraban de ver una plaza tan fuerte y tan bien defendida en país tan lejano; pero en el día serviría ya de poco.

Las casas de la ciudad son bajas y de fea arquitectura, pero cómodas y frescas, y les gustan á los recién llegados por lo espaciales y capaces. El palacio del gobernador general aún no se ha levantado desde el 63, y vive en la casa de campo llamada *Malacañan*, en donde pasaban los meses de calores los antiguos gobernadores. Antiguamente las casas eran como en Europa y todas de azotea, pero un terremoto asoló la ciudad, matando muchísima gente. En aquel entonces, ya por la belleza de los edificios, ya por su riqueza y su lujo oriental, la llamaban la Perla de Oriente: en la actualidad no tiene nada de perla la belleza de los edificios, pero son cómodos y ventilados.

Aunque aquí no hay condes ni marqueses, fuera de unos dos ó tres estrujados y que ya concluyeron en punta, esta ciudad puede competir en lujo con otras de primer orden.

Los días de fiesta no se puede andar por las calles con tanto coche que las atraviesa: se cree que serán más de cinco mil los empadronados y más de tres mil las carrozmatas. Por peso y medio cualquiera es dueño de hacerse arrastrar y lucir su personita desde las cuatro de la tarde hasta las diez de la noche por los hermosos paseos que hay al rededor de la ciudad y á las orillas del mar en el malecón y en la luneta.

Sólo el general y el arzobispo pueden llevar dos parejas; los demás una sola, y en esto sólo se diferencian, pues los trenes son iguales.

El capitán general tiene de sueldo 45,000 pesos, el señor arzobispo 12,000, lo mismo que los directores de Hacienda y Administración, y en proporción los demás empleados según su categoría.

Querido amigo, si quieres saber más de Filipinas, pasa el charco y entra por Maribebes, donde ganamos todos en nobleza, pues aquí todos somos lo menos marqueses y parientes de Castelar. *Nadie dice que en España — haya sido hojalatero, — paje, cargador, arriero, — sastre ó pescador de caña.* — ¡Cuando te digo que tiene aquí parientes hasta el papamoscas de Búrgos!! Esto es lo que he podido compaginar en el poco tiempo que me propuse escribirte: estoy cierto que no he puesto ninguna pica en Flandes con esta descripción; pero considera mi escasa inteligencia y el poco tiempo de que dispuse, y será bastante á disculparme: tampoco tengo pretensiones de ninguna especie, y así sólo me contentaré apreciar esto en lo que vale, y estimes más mi grande voluntad de darte gusto que el ningún mérito literario de este pequeño trabajo. Con esto me despido rogándote solamente cuentes con la consideración y buena amistad de tu amigo q. b. t. m. — F. J. T.

Julio 29 del 81.

(Revista agustiniana).

Ayuntamiento de Madrid

Nápoles. — Los periódicos de esta ciudad refieren la conversión de una joven musulmana cuya historia no carece de interés.

Nisak-Mesak, circasiana de veinticuatro años, era una de las mujeres de Ismail-bajá, ex-jedive de Egipto. Para huir del harem aprovechó la permanencia de ese príncipe con todo su séquito en Resina (Italia). Instruida en las principales verdades de la fe católica por un franciscano del Egipto, el P. Buenaventura, del colegio de negros de la Palma, recibió el bautismo en la basílica de Nuestra Señora de los siete Dolores en Nápoles, de manos del venerable párroco delegado al intento por el arzobispo Ilmo. Sanfelice. La neófita tomó los nombres de Margarita María. En la misa que se celebró acto continuo, acercóse á la sagrada Mesa, y al terminar la sagrada ceremonia contrajo matrimonio con D. Pascual Follari. La iglesia estaba llena de fieles que habían acudido para presenciar este edificante espectáculo.

Venecia. — En el tercer congreso geográfico internacional celebrado en esta ciudad (1), el Sr. Lesseps recordó en su discurso de apertura los nombres de los célebres viajeros italianos de la Edad media y de los siglos siguientes, sin olvidar los misioneros de las mismas épocas que se hicieron célebres por sus exploraciones.

«El Congreso, decía el «Museo delle Missioni cattoliche,» ha glorificado á la Iglesia católica, mostrando la parte que toma en propagar la ciencia y la civilización por medio de sus misioneros. A la vez que trabajan por la propagación de la fe, los apóstoles del Catolicismo enriquecen con sus descripciones y relaciones de sus viajes la ciencia geográfica. Así era en los tiempos pasados, en los que vemos al franciscano Ordorico de Pordenone (1285-1331) explorar las más remotas comarcas del Asia y dejar de sus excursiones una relación preciosa (2): así también sucede en nuestros días, y los documentos publicados por los «Anales de la propagación de la fe» son un perpetuo testimonio del celo de los misioneros por la ciencia.

«Entre los misioneros que asistían en el Congreso geográfico se encontraba el Rdo. Beltrame, de Verona, venido del Africa central después de algunos años de residir allí, y célebre por sus trabajos sobre el idioma denka. Este misionero fué nombrado secretario de una de las secciones del Congreso.»

Bulgaria. — El periódico búlgaro de Filipópolis, «La Meritza,» ha dado un grito de alarma en un artículo que comienza en los siguientes términos:

«Una noticia muy grave nos llega de Macedonia. Según carta que tenemos de Salónica, 247 familias búlgaras de

(1) El primero lo fué en Amberes, y el segundo en París.

(2) Hé aquí algunas notas biográficas de este explorador incomparable. Ordorico de Pordenone partió de Venecia en 1314, dirigiéndose á Constantinopla; evangelizó la Bosnia, la Herzegovina, Hungría y Polonia; detúvose en Armenia y en Persia; subió hasta la Tartaria; pasó á Kazan y á Yezdo, desde cuyo punto descendió á Bagdad, predicando por do quiera la palabra de Dios. En 1322 encontróse cerca de Bombay, en la India, en donde tuvo que sufrir mil persecuciones por parte de los idólatras. De allí embarcóse para la costa de Malabar, llegó á Madras, después á Ceylan y á la grande isla de Sumatra; pasó á Java y á Paten; después de una larga navegación abordó á Zapa, la Ciamba de Marco-Polo, provincia de la Cochinchina meridional. Después de este inmenso rodeo, del golfo Pérsico á las primeras islas de la Oceanía y á la Indo-China, el infatigable apóstol dirigió su curso hacia el Norte, visitó la China, detúvose tres años en Pekin, cuyo ilustre arzobispo, Fr. Juan de Montecorvino, octogenario, vivía aún. Después regresó á Europa en busca de obreros apostólicos. Atravesó el Asia entera, pasando por el Tibet; volvió á Italia, y murió santamente poco después en su convento de Udina á la edad de cuarenta y seis años.

Gumandje, poblacion de 400 casas, han abrazado el catolicismo, impulsadas á este extremo por las opresiones del clero fanariota. Estas conversiones á la Iglesia católica no han sido las primeras en la patria infeliz de los santos Cirilo y Metodio...

El referido periódico continúa expresándose en el mismo tono, haciendo cargos al patriarca griego de Constantinopla, y llamando la atencion de los búlgaros patriotas para oponer un dique á esta corriente de conversiones. «Sin esto, añade, los búlgaros de Macedonia se echarán en brazos de la Iglesia católica.»

El Ilmo. Nil Isvoroff, obispo-administrador de los búlgaros católicos, se dirigió á Constantinopla para concertar con la Sublime Puerta y la Delegacion apostólica las medidas que debian tomarse para amparar á la Iglesia contra la hostilidad de los griegos. La Puerta, á pesar de lo mucho que le interesa sostener la accion del clero católico entre los búlgaros, no se toma el menor cuidado en prestar su apoyo al Prelado; pero á pesar de esto el catolicismo sigue haciendo progresos en Macedonia y en la provincia de Andrinópolis.

Armenia.—Los reverendos Padres Jesuitas han establecido ya escuelas en Amasia, Marsivan, Adana y Tokat. Lo propio han hecho en Trebisonda los Hermanos de las escuelas cristianas, y los Padres Dominicos trabajan con gran celo para abrirlas en Van, Bitlis y Musca. Espérase mucho de estas fundaciones, atendido el gran movimiento de conversion que se nota entre los armenios cismáticos.

—Leon XIII ha conferido las insignias de la Orden de San Gregorio el Grande al Sr. Query, cónsul de Francia en Trebisonda, y al Sr. Marengo, vice-cónsul de España en la misma ciudad, en recompensa de los servicios que han prestado á los armenios católicos.

Asia Menor.—Segun escriben de Angora, han comenzado á dejarse sentir las desastrosas consecuencias de la invasion de langostas, cuya historia conocen ya nuestros habituales lectores (1). El precio de los víveres ha subido de tal manera que muchos habitantes de la ciudad y del campo, no pudiendo comprarlos en cantidad suficiente, han comenzado á dispersarse. Los labradores, cuyas ricas mieses han sido devoradas por la langosta, abandonan sus campos para ir á mendigar á la ciudad, ó para dirigirse á donde creen poder ganar un bocado de pan. El Gobierno otomano, lleno de inquietud ante el abandono de los campos habitados por cultivadores musulmanes, y comprendiendo, aunque un poco tarde, la necesidad de retenerles, ha ordenado la distribucion de trigo del granero imperial.

En cuanto á los católicos, reducidos á la miseria por los azotes sucesivos que habian soportado pacientemente, están apurando los últimos recursos y se proponen abandonar la ciudad; asegurándose que cuatrocientas familias se han concertado para emigrar á diferentes regiones del globo. Por otra parte, en su penuria económica, continúa el Gobierno turco percibiendo inexorablemente los impuestos y contribuciones, y la miseria irá creciendo.

Una de las consecuencias de tal estado de cosas es que turcos y kurdos se han dado la mano para entregarse al robo y al pillaje. Ultimamente quince negociantes cristianos que para su comercio iban de Keredé á otro pueblo vecino vieron asaltados por una partida de kurdos que despues de haberlos maltratado los despojaron de todo, hasta de sus vestidos. Una de las víctimas, jóven de veinticinco años, creyendo poder escaparse con la fuga, montó á caballo y echó á correr; pero uno de los agresores dispa-

ró su fusil con certera puntería y le dejó tendido en tierra. La audacia de los bandidos ha llegado al extremo de atacar los correos con objeto de apoderarse de los valores que comunmente llevan.

Así, robo y pillaje por un lado, y por otro penuria y carestía, reducen á los cristianos á un estado extremo de afliccion y desolacion, y decaerían enteramente de ánimo si no pusiesen su confianza en Dios y en la generosidad de los católicos de Europa.

Kuy-Tcheu (China).—El Rdo. Lucas describe en una carta la gran fiesta celebrada en la iglesia de Lu-tsung-Koan con motivo de la ordenacion de varios alumnos del Seminario de San Pablo; primicias obtenidas por el P. Largeteau, que hace doce años trabaja en la formacion de un clero indígena con todo el ardor y abnegacion de su corazon de apóstol. Asistieron á la ceremonia todos los alumnos, multitud de cristianos que acudieron de la capital y siete misioneros. De los siete ordenandos, dos fueron promovidos á los honores del sacerdocio, y merecen ser conocidos los rasgos más salientes de su vida.

El de más edad, Pablo Uang, es hijo de antiguos cristianos. Como tal, ha dado continuas pruebas de un gran espíritu de fe y de verdadera vocacion. Los que conocen á dicho jóven, en particular sus maestros, han tenido ocasion de apreciar la sinceridad de sus convicciones, su recto juicio y su sólida piedad.

El otro se llama Pedro Yang, y la historia de su pasado muestra visiblemente la accion de la Providencia. Su familia es oriunda del Yun-nan. Su bisabuelo, nombrado mandarin de la provincia de Kuy-tcheu, ocupó en ella sucesivamente muchos puestos. Igual cargo ejerció su abuelo en otra provincia; y en fin su padre fué por mucho tiempo consejero en los pretorios del Kuy-tcheu. Siendo muy niño, Pedro cayó gravemente enfermo. Sus padres, aunque paganos, lo llevaron á la primera farmacia de Kuy-Yang-fu, dirigida entonces por un cristiano muy renombrado por las maravillosas curaciones que le hacia obrar su fe, más bien que sus insignificantes remedios. Allí fué donde el niño moribundo recibió con la salud del cuerpo la regeneracion espiritual. A la edad de diez años Pedro quedó huérfano, y un mandarin musulman, amigo de su padre, le abrió las puertas de su casa. El jovencito adoptado comenzó entonces á ejercer obras de misericordia que sin duda le hicieron más agradable á Dios. To los los dias cuidaba de la distribucion del arroz que se hace á cierto número de pobres á expensas del Tesoro público. El musulman tuvo que emprender un viaje, y quiso llevar consigo á su hijo adoptivo, mas Pedro cayó otra vez enfermo, y no pudo seguir á su bienhechor, quedando nuevamente abandonado en la mayor miseria, y teniendo que ir á mendigar el arroz que antes distribuía á los pobres. Algunos niños recogidos por la Santa Infancia, á los cuales Pedro habia socorrido en otro tiempo, reconocieron á su antiguo bienhechor; señaláronlo á la atencion de los misioneros, y el pequeño mendigo fué admitido en el huerfanato de San Estéban. Pedro habia recibido una educacion muy esmerada. Aprendió rápidamente el catecismo, fué admitido al Banquete eucarístico, y pronto el seminario de San Pablo fué embellecido por el talento y la piedad del nuevo alumno.

Mangalore.—El P. Angel Mutti, procurador de la Mision de Mangalore, escribia con fecha 25 de Agosto último:

«Dios continúa bendiciéndonos de una manera particular, no obstante las luchas que hemos de sostener contra los ministros protestantes alemanes. Ahora acaban de publicar un catecismo que no es más que un tejido de calumnias contra la Iglesia católica. Es triste ver como se renuevan estos ataques todos los dias, sin poder contestar á ellos. Por falta de recursos no podemos imprimir libro alguno.

(1) Véase la pág. 495 del tomo anterior.

pues en Mangalore no hay otra imprenta que la de los protestantes, que naturalmente no quieren reproducir nuestras contestaciones.»

Siam.— El cólera ha hecho grandes estragos en aquel reino, en términos que pasan de 12,000 las víctimas que causó durante un mes solamente en Bang-kok, la capital. Los cristianos han sufrido relativamente menos por el azote, y aunque muchos misioneros hayan sufrido los primeros ataques del contagio, ninguno de ellos, sin embargo, ha caído gravemente enfermo. No obstante, la Misión ha perdido en la persona del Sr. Blancheton, cónsul de Francia en Bang-kok, un amigo enteramente adicto. Gracias á su intervencion, quedó últimamente frustrada una conspiracion que los chinos afiliados en las Sociedades secretas habian tramado contra sus compatriotas cristianos, y pudieron los neófitos escapar al peligro que les amenazaba.

Durante la epidemia prodújose un fenómeno bastante curioso. Las aguas del Menam tomaron un tinte rojizo. De vez en cuando veíanse flotar en él cadáveres, no obstante la formal prohibicion del Gobierno de deshacerse de ellos de semejante manera. El rey hizo todo lo posible para socorrer á su pueblo, y abrió cuarenta farmacias. Un vaporcito recorría el curso del rio conduciendo médicos á los pueblos desolados por el azote. Segun las últimas noticias la epidemia iba en descenso y aún habia cesado en muchas localidades.

Costa de Oro (Africa occidental).— El reverendo Moreau, misionero de Elmina, escribe desde esta ciudad:

«Situada á orillas del mar, Elmina está rodeada, por la parte de tierra, de altos matorrales. Si oyéscis las historias de estas gentes creeríais que en cada maleza

se oculta una bestia feroz, un tigre, un leopardo, una pantera, hasta un leon. Ora es uno que al regresar á su casa ha oido rugidos que le han hecho estremecer; ora es una madre que para dar miedo á su niño y hacerle entrar en casa, dice que le arrebatara un leopardo si sale de noche. En este caso como siempre el miedo hace abultar las cosas; pero es cierto que más de una vez tiernos becerros, encerrados por la noche con sus madres en un redil público en medio de la poblacion, han sido devorados por alguna fiera.

«Sin embargo, la caza de que me propongo hablaros no se habia organizado contra alguno de esos vecinos peligrosos, sino... ¿lo diré?... contra el diablo! Hace pocos dias un hombre fué encontrado muerto en su yacija. ¿Quién le mató? «El diablo,» me decia Kobenesan, un negro que tiene más fe en el rom que en Dios ó en el diablo. Anteanoche

murió un niño. ¿Quién le mató? El diablo. «Sin abrirle el pecho,» segun me explicaba Kobenesan, le arrancó el corazon y se lo comió. Así es que en nuestro barrio habia gran emocion. Las madres se consultaban, animábanse unas á otras, ó mejor se espantaban refiriendo historias tremebundas.

«Despues de largas deliberaciones resolvióse por unanimidad que la primera que observase alguna cosa daria la señal de alarma. Las pobres madres no cerraron los ojos, y velaban con ansiedad. La primera parte de la noche se pasó sin incidente alguno; pero á las cinco de la mañana oi gritos espantosos de «Azenó... Azenó... Azenóoooo: ¡El diablo, «el diablo, el diablo!» y este grito fué al instante repetido por centenares de mujeres, moviendo un grande alboroto. Al primer grito huyó el diablo, pero habíase refugiado en alguna parte, y se organizó una cacería para desalojarlo de su retiro. No se trataba solamente de ahuyentarlo, sino que

era preciso matarlo ú obligarle á precipitarse en el mar. Por la mañana decidense cuatro hombres y se arman como para un combate en regla. Cúbrense de harina el rostro y la parte alta del cuerpo para que el diablo no los reconozca: luego dos de ellos se arman de una gran cuchilla, y los restantes de una vieja carabina; y despues de atravesar la calle y de atraer multitud de mujeres y de niños comienzan sus evoluciones.

«Pasada la noche, entran primero en la casa que sirve de escondite al diablo, y despues de repetidos disparos de carabina y de sendos sablazos en el aire, no les cabe duda de haber ahuyentado al enemigo comun. Entonces le persiguen tenazmente por las calles, detrás de las casas, sobre los árboles, gritando «¡Azenó! ¡Azenó!» Los niños abrian grandes ojos, temblaban las mujeres, los hombres

aplaudian y nosotros nos reíamos de esta comedia, aunque tal vez hubiéramos más bien debido llorar. ¡Qué ignorancia! ¡Qué horrible superstición! ¡Cómo hacer cristianos de estas gentes!... Mas volvamos á la caza. Cuando el diablo se vió acosado por todas partes y encontró cerrados todos los caminos, tomó el partido de arrojarle al mar.

«— ¡Está en el mar! ¡está en el mar!—gritaba el jefe de la animosa tropa.

«Los guerreros fueron al punto rodeados y felicitados. Las mujeres podrán esta noche dormir tranquilas, y los niños ya no temerán encontrarse con el diablo!

«Orgullosos de su triunfo, fatigados, cubiertos de sudor, sentáronse nuestros guerreros en medio de la calle, dejaron á su lado las armas, y comenzaron un nuevo combate. La plaza que debian tomar por asalto era una botella de rom, y nuevamente consiguieron victoria. El jefe, que tenia



COSTA DE LOS ESCLAVOS.—Rico cristiano de Abeokuta. (Pág. 51).

la botella, llenó su vaso, y como buen fetichista levantóse, hizo un «speech» que fué cubierto de aplausos, derramó por el suelo algunas gotas para el fetiche, y vació su vaso en el vientre sin pestañear. Otro tanto hicieron los demás, y la multitud se retiró. Así terminó su hazaña de que fuimos testigos. ¡Pobres negros!»

Natal.—El H. Matthieu, oblató de María Inmaculada, escribe desde Durban:

«De la paz firmada entre el Gobierno del Cabo y los Basutos nacerá una nueva era para estas pobres Misiones, tan probadas por la guerra. Al decir de los misioneros, nunca los espíritus han estado tan bien dispuestos para recibir la buena nueva. Diversos jefes han hecho proposiciones al Ilmo. Jolivet para que establezca Misiones entre ellos, ofreciéndole al intento terrenos que ofrecen muchas ventajas. Ganamos en favor todo lo que han perdido los ministros protestantes, que no es poco.

«Habiendo sido nombrado el P. Boudry capellan de las tropas inglesas durante la guerra del Transvaal, había quedado abandonada la pequeña Mision de San Francisco Javier, y no pudiendo encargarse personalmente de ella el P. Sabon, confiáronmela interinamente.

«Figuraos mi embarazo en una Mision reciente, sobre todo en medio de negros que no comprenden el inglés. Por fortuna tenia conmigo un intérprete que hablaba el inglés y el zulú, lo cual me permitia comunicarme con ellos sin gran dificultad.

«Lo que me consolaba es que me habian enviado allá principalmente para cuidar de la parte material de la Mision, establecida en un vasto terreno perteneciente á nuestro Prelado y dividido en lotes ocupados por cafres emigrados de Mozambique y de las posesiones portuguesas á causa de las fiebres perniciosas que reinan en estas regiones.

«Actualmente me encuentro en Durban acabando de prepararme para el sacerdocio. La campiña en las cercanías de Durban, y entiendo por cercanías un radio de 50 millas, está poblada de plantadores de la caña de azúcar, siendo en su mayor parte criollos de la isla Mauricio. Tal vez tendré que encargarme un día de esas pobres almas abandonadas... ¡oh, sí! abandonadas, porque hasta el presente ha sido imposible á nuestros Padres de Durban, sobrecargados de trabajo, cuidar de ellas con asiduidad.»

MARRUECOS.

APUNTES PARA SERVIR Á LA HISTORIA DEL MAGREB.

VIII.

Los Beni-Merín.—Su origen y venida al desierto.—Pasan al Magreb.—Vencen por primera vez á los almohades.—Muere Abu Mohamed y le sucede su hijo Abu Said.—Sus victorias sobre los almohades.—Abu Mahruf Mohamed muere en la batalla de Fez.—Su cédele su hermano Abu Yahya.—Los soldados castellanos.—Muerte de Yahya.—Abu Yusef, sus guerras y conquistas, su muerte.—Abu Yacub.—Sitio de Tremecén.—Los sepulcros de Sella.—Amer, nieto de Abu Yacub, hace las paces con los de Tremecén.—Recupera varias plazas.—Muere en Tánger.

Si hemos de creer lo que nos dice *Rudb el Kartas* sobre el origen de los Beni-Merín, conocidos en nuestras historias con el nombre de Benimerines ó Merinidas, eran de la principal y más noble descendencia de la tribu de los Zenetas, y formaban una de sus kabilas, la cual se habia distinguido siempre por el carácter afable, dulces costumbres, valor esforzado y religiosidad de sus individuos. Eran oriundos de la Arabia, y sus progenitores habian venido al África huyendo de las discordias

que justamente temian se habian de originar á causa del casamiento de la bella Beha, hija de Duhman, pretendida por todos los nobles jóvenes de su tribu. En Africa habitaron los dilatados campos al Sur del Atlas, desde la Ifrikyá hasta Tafilet, y se multiplicaron extraordinariamente. No conocian industria alguna, y sólo se mantenian de la caza, de frutas silvestres y de miel. Sus bienes consistian en esclavos, caballos, camellos y ganado lanar. A nadie pagaban tributo, ni reconocian superior alguno, llevando una vida semi-patriarcal.

Por ser sus ganados numerosísimos y el país que habitaban no muy fértil, acostumbraban llevarlos todos los veranos al Magreb, donde los pastos eran muy abundantes. En el verano de 1216, ó sea el 613 de la egira, trajeron como de costumbre sus ganados á las fértiles llanuras de esta parte del Atlas. Notaron con admiración que aquel año las ciudades se hallaban casi desiertas y abandonadas sin cultivo alguno los campos: entonces tuvieron noticia por primera vez del desastre sufrido por los moros en la batalla de *Hisn el-Ukab*, Navas de Tolosa, donde pereció la flor de los almohades, y comprendieron que por aquella causa se hallaba el país tan despoblado y sus campos sin cultivo. Al ver los Beni-Merín tanta riqueza abandonada, y unos campos tan fértiles sin cultivar, se establecieron allí y enviaron emisarios á sus hermanos del desierto para rogarles que vinieran á establecerse con ellos y á gozar del bien que la Providencia les deparaba. Con efecto, todos los Beni-Merín del desierto, despues de celebrar consejo, formaron una numerosa caravana y vinieron con sus ganados y tiendas á establecerse en el país de Uad Telagh. Parecian, dice el historiador árabe, una legion de hormigas ó langostas. ¡Tanta era la multitud que venia atravesando el desierto y despues la cordillera del Atlas!

A la llegada de los Beni-Merín á este lado de las montañas, el emir que entonces gobernaba el país, Sidi Abu Yacub Yusef el-Mustansir, concibió un gran temor; é indeciso por la determinación que le convendría tomar, reunió en consejo á todos los magistrados, ministros y xiejes almohades para pedirles su parecer. Expuesto el caso, el consejo le contestó del modo siguiente: «¡Oh emir de los musulmanes! No pongais atención en ellos y estad sin temor, pues son muy simples y muy poco numerosos. Para poner fin á sus progresos bastará que enviéis contra ellos un xiej almohade, que hará perecer á los hombres y se apoderará de sus mujeres y bienes, despues de haberlos perseguido y dispersado.» El emir tomó el parecer de su consejo, y en consecuencia envió á Abu Alí al frente de veinte mil combatientes almohades con orden expresa de atacar á los Beni-Merín y de no dejar vivo ni uno solo. Cuando llegó esta noticia á los merinidas, se prepararon para recibir al enemigo, con quien se avistaron en el país del Rif, donde se dió una sangrienta batalla, quedando por ellos la victoria y haciendo perecer á la mayor parte de los almohades. Desde el año de 1216 principió el incremento de los merinidas, que desde su llegada al Magreb eligieron por jefe á Abu Mohamed Abd el Hakk, mientras que los almohades iban siempre perdiendo terreno, ya por las muchas divisiones del Imperio, como hemos visto en el capítulo anterior, ya tambien por las muchas

victorias que contra ellos reportaron las triunfantes armas de los merinidas.

Satisfecho Abu Mohamed del resultado de su primera batalla, animó á sus tropas, les expuso el estado de decadencia en que se hallaba el Imperio almohade, y les hizo ver que no les sería muy difícil vencerle aún en sus mismas ciudades, en las que se encontraban muchos descontentos que no tardarian en pasarse á su bando. Reanimando, pues, el ardor de sus soldados, fué con todo su ejército á las cercanías de Rabat Taza, cuyo gobernador almohade salióle al encuentro con todas sus tropas, que fueron batidas y dispersadas por las de Abu Mohamed, las cuales recogieron un rico botín de armas, bagajes y caballos.

Al año siguiente dió otra batalla á los almohades, y en ella perecieron él y su hijo Edris. Los merinidas, llenos de furor y rabia por la muerte de su jefe, embistieron á sus enemigos con tal ímpetu, que al fin ganaron la batalla, y en el acto nombraron por sucesor de Abu Mohamed á su hijo Abu Said Othman, quien al frente de sus tropas continuó la campaña y destrozó todos los ejércitos almohades que contra él enviara Abu el-Hasen Said, emir almohade de Marruecos. Abu Said Othman se hizo cargo del estado lastimoso en que se hallaba el Magreb; vió cómo aumentaban las divisiones y los partidos, interin disminuía el respeto debido á la autoridad. En vista de esto excitó, como su padre, á sus seguidores para hacer la guerra á los almohades, en bien, decía, y por el esplendor de la religion é interés de los musulmanes. No necesitaban tanto sus huestes; así fué que se enardecieron con tales razonamientos, y juraron seguirle hasta la muerte. Con el poderoso auxilio de tan intrépidos soldados consiguió que muchas kabilas y aún algunas ciudades se sometieran á su autoridad; de modo que en 1240, en cuyo año murió asesinado por un renegado privado suyo, dejó ya formado un respetable reino merinida.

Reunidos los jefes merinidas á la muerte de Abu Said, determinaron proclamar por soberano á su hermano Abu Mahruf Mohamed, jurándole obediencia y fidelidad. Este continuó haciendo la guerra á los almohades hasta que el emir de Marruecos Abu el Hasen envió contra él un ejército de veinte mil almohades, árabes y cristianos. Preparóse Abu Mahruf para la pelea, y habiéndose encontrado ambos ejércitos en las cercanías de Fez, tuvieron una sangrienta, y segun el historiador árabe, á quien seguimos minuciosamente, nunca vista batalla, puesto que duró desde la salida del sol hasta el anochecer. Por ambas partes se peleaba con igual valor, y todo el día estuvo indecisa la victoria, hasta que un jefe cristiano se dirigió hácia Abu Mahruf, y dándole un golpe mortal le hizo caer exánime del caballo.

Los merinidas, batidos y dispersados desde el momento que vieron muerto á su rey, huyeron á las montañas aquella misma noche; empero pudieron salvar sus bagajes, familias y tesoros. Esta batalla se dió en 1244, y fué la primera en que los merinidas fueron vencidos por los almohades.

Para suceder á Abu Mahruf nombraron los merinidas á su hermano Abu Beker ben-Abd el Hakk, por sobrenombre Abu Yahya, el cual fué el primero de los de su raza que organizó sus tropas, ordenó el mando de sus

tribus y se hizo célebre por haberse apoderado de muchas ciudades; como Mequinez, Salé y Sijlmesa, y especialmente por haber conquistado la ciudad de Fez en 1248, haciéndola Corte de sus Estados, como ya lo había sido de los edrisitas y zenetas. Durante su reinado y en años anteriores fué cuando los soldados españoles, traídos al Magreb por Abu el-Ola el-Mamun, hicieron tantas proezas de valor, hasta el punto de que los almohades y merinidas se disputaban su amistad, creyendo que la victoria estaba siempre de su parte; y, en efecto, ellos fueron los que sostuvieron por algunos años el vacilante imperio de los almohades contra todo el furor de las huestes de los merinidas.

El año 1258 murió Abu Yahya en su capital, despues de haber dilatado mucho el imperio que su raza había fundado, y ocho días más tarde le sucedió su hermano Abu Yusef Yacub, por sobrenombre *el-Mansur Billah* (el vencedor por Dios). Este célebre caudillo fué el que verdaderamente consolidó el imperio de los merinidas, el cual pudo darse por definitivamente establecido el año 1269, cuando el-Mansur entró en la ciudad de Marruecos, capital y último baluarte de los almohades, á los pocos días de la batalla que dió á Abu Debbus en los campos de Dakala, y en la que, como hemos dicho en el anterior capítulo, murió Abbu Debbus y con él la dinastía almohade, cediendo su lugar á la merinida.

Era de esperar que Yusef, vencidos los almohades, gozaria de completa paz en sus Estados; pero sucedió todo al contrario; pues unas veces tuvo que pelear con los cristianos, como en 1260 cuando éstos se apoderaron de la ciudad de Salé; otras con los gobernadores de Ceuta y Tánger, y sobre todo con el revoltoso Yagmurasen ben Zian, que en nuestras historias es conocido con el nombre de *Gomaranza*. Éste era tambien de la tribu de los zenetas, y quiso tomar su parte en la fácil conquista del Magreb. Apoderóse de Tremecen, Uxda y Sijlmesa, dió varias batallas, y alguna muy sangrienta, al emir Yusef, y aunque siempre quedó victorioso este último, no pudo, sin embargo, destruir por completo á Yagmurasen á pesar de haber destruido hasta los cimientos de la ciudad de Uxda, donde se había hecho fuerte, y al verse obligado á abandonar esta ciudad se encerró y fortificó en Tremecen. Entonces fué cuando Yusef concertó para con Yagmurasen para poder pasar á la Península española.

Durante estas expediciones había recibido Yusef no pocas cartas de los almohades andaluces, para que pasando el Estrecho fuera con sus tropas á ayudarles contra sus comunes enemigos los cristianos. Pero Yusef, como buen político, quiso antes atender á la pacificación de sus Estados. Por esto durante los años 1273 y 74 conquistó las ciudades de Tánger y Ceuta, se hizo dueño de Sijlmesa, y á poco de esto recibió á los nuevos emisarios del rey de Granada, que le traían una carta de Ben el-Ahmar, en la que le rogaba encarecidamente que pasara á España para ayudarle á defender su trono contra los Ualíes de Málaga, Guádix y Comares. No titubeó Yusef en aceptar y acceder á esta demanda, pues deseaba apoderarse de España, como ya antes lo habían hecho los almoravides y almohades.

Desde que el Imperio musulmico recibió aquel terrible golpe que Alfonso VIII le diera en las Navas de To-

losa, fué decayendo visiblemente: las ciudades que poseía en España se separaron, poco tiempo despues de esta batalla, de la autoridad del emir marroquí, quien tambien perdió la Ifrikyá, quedando reducidos sus Estados al Magreb y á una parte de Sus el-Aksa. Las provincias musulmanas que habia en la Península en tiempo de Yusef estaban gobernadas por Ualíes independientes unos de otros, y casi siempre se hallaban en guerra, ya entre sí, ya con los príncipes cristianos. Éstos extendieron tanto su dominacion, que se creyeron fuertes para atacar al jurado enemigo de la Cruz en las mismas costas de Africa, como sucedió con la armada de Castilla que tomó la plaza de Salé en 1260, aunque el intrépido Yusef hizo que la abandonara á los pocos dias de conquistarla: diez años más tarde se apoderaron tambien los cristianos del puerto de Larache, que abandonaron despues de haberlo saqueado.

Todas estas causas movieron á Yusef á pasar cuatro veces á la Península, pues creia, y no sin razon, que merced á las grandes divisiones de los Ualíes podria fácilmente apoderarse de las respectivas provincias de éstos y tener así las costas africanas libres de las armas cristianas. Por esta misma razon ayudó no poco á levantar el entonces nuevo reino de Granada, cuya poderosa dinastía de los Beni el-Ahmar y las mismas victorias de Yusef dieron algunos años más de vida al mahometismo en España. Digno es de notarse que no siempre pasó Yusef el Estrecho para ayudar á los moros contra los cristianos, sino que tambien fué una vez para ayudar al Rey sábio contra su rebelde hijo D. Sancho. A pesar de las muchas victorias que Yusef reportó en la Península de moros y cristianos, no quiso ó no pudo conservar sino las plazas de Tarifa y Málaga, que, en caso necesario, podrian servirle como de llave para entrar en España, puesto que en sus planes políticos entraba el de apoderarse de todos los Estados que sus correligionarios tuvieron en ella en tiempos anteriores. Sin embargo, al tiempo de su muerte, que ocurrió en 1286, habia perdido ya las ciudades citadas, quedando Tarifa por el rey de Castilla y Málaga por Ben el-Ahmar. Murió Yusef en su palacio de Algeciras: su cuerpo fué trasladado á Rabat el-Fath y sepultado en las ruinas de Sella, siendo allí muy venerado de los moros.

El reinado de Yusef duró veinte y ocho años, en cuyo tiempo no cesó de pelear, como hemos dicho, ya contra los almohades, ya contra los cristianos españoles. Segun las crónicas árabes, era Yusef muy piadoso é hizo mucho bien al islamismo; fundó hospitales y escuelas, y reunió todos los libros árabes que pudo para las muchas librerías que entonces habia en el Magreb. A D. Sancho de Castilla le pidió todos los que tenian los cristianos y judíos de sus Estados, y el rey castellano le envió trece cargas que Yusef hizo depositar en la escuela que él mismo habia fundado en Fez. Entre estos libros habia muchos de filología, literatura, gramáticas y comentarios sobre el Koran.

Abd-Allah Yusef, hijo de Abu Yusef Yacub, sucedió á su padre en el Imperio de Magreb, y fué proclamado en Algeciras el mismo dia que murió su padre.

Estando Abd-Allah Yusef, más conocido con el nombre de Abu Yacub, en las cercanías de Fez, recibió la noticia de la muerte de su padre y la de su elevacion al trono muslin del Magreb. Inmediatamente se dirigió á Tánger, donde se embarcó con rumbo á Algeciras, y allí encontró á los merinidas, árabes y á otros muchos mahometanos, que le esperaban para felicitarle.

Desde que este emir tomó las riendas del gobierno no cesó de hacer bien á su pueblo; disminuyó los impuestos y puso orden en todos los negocios del Imperio. Poco despues de su llegada á Algeciras salió para Marbella, estableciendo su campamento junto á sus muros. Desde allí escribió al rey de Granada

para que viniera á tener una entrevista con él, en la cual ratificaron el tratado y la alianza que habia hecho el granadino con Abu Yusef Yacub, quien abandonando todas las posesiones que pretendia pertenecerle en España, sólo se quedó con Algeciras, Ronda, Tarifa, Guádix y sus dependencias, dando el mando de estas ciudades á su hermano Abu Athya. Al mismo tiempo confirmó el tratado de paz que su padre hiciera con el rey de Castilla.

A principio del siguiente año, 1287, despues de haber regularizado sus asuntos y de haber dejado en orden todo lo que tenia que arreglar en Andalucía, pasó el emir á Marruecos, donde supo que su primo Mohamed ben-Edris se habia sublevado en union de sus hijos en las



COSTA DE LOS ESCLAVOS.—Mujeres de Abeokuta. (Pág. 51).

cercanías de Fez, y que algunos revoltosos le aclamaban sultan del Magreb. Abu Yacub envió varios cuerpos de ejército contra ellos, consiguiendo, después de algunos combates, hacerles huir á Tremecen; empero en el camino fueron hechos prisioneros y conducidos á la ciudad de Rabat Taza, donde les quitó la vida Abu Zyan por orden de su hermano el emir Abu Yacub.

No fué ésta la única sublevación que tuvo que sofocar el emir marroquí, pues fueron muchas las que se originaron en su reinado, y sobre todo la de Sus el-Aksa, donde se había declarado independiente el-Hax Talha, cuyo ejército fué destrozado por Abu Ali, sobrino de Abu Yacub, quien cortó la cabeza á el-Hax Talha, enviándola después á Rabat Taza, sobre cuyas puertas estuvo colgada durante el reinado de Abu Yacub. El mismo emir se vió obligado á dirigir una expedición contra los árabes del país de Draa, que infestaban los caminos de Sijilmesa ó Tafilet, robando á las caravanas que iban y venían del desierto. Al frente de doce mil merinidas llegó Abu Yacub hasta las fronteras del Sahara, donde dió á los árabes una terrible batalla, en la que los derrotó, y envió las cabezas de los más principales á las ciudades de Fez, Marruecos y Tafilet. Al año siguiente, 1288, venció á uno de sus hijos, que se había apoderado de la ciudad de Marruecos apellidándose emir.

Dos años más tarde pasó Abu Yacub á España para hacer la guerra santa, pues la alianza entre él y el rey de Castilla quedó rota en el momento mismo en que D. Sancho el Bravo se creyó con suficientes fuerzas para hacer la guerra al marroquí. Poco después tuvo lugar el sitio de Tarifa por las tropas merinidas (pues ya había sido conquistada por el rey castellano ayudado del rey de Granada, con quien había firmado la paz), mandadas por el infante D. Juan, hermano y enemigo del rey D. Sancho. Esta plaza fué defendida por el inmortal Alonso de Guzmán el Bueno, de cuya firmeza y heroico sacrificio largamente nos hablan nuestras historias.

Abu Yacub, por más que lo intentó en varias de sus expediciones, no pudo conseguir apoderarse de ninguna plaza fuerte de la Península; por lo que últimamente consagró sus cuidados á pacificar sus Estados, pues por

todo el Magreb había descontentos, y apenas pasó un año durante su reinado en que no tuviera que combatir á algún revoltoso ó que apagar algunas chispas de insubordinación. Dos deudos suyos, á quienes había reducido á la obediencia y que venían á Fez bajo seguro del sultan para presentarle homenaje, fueron muertos por Abu Amer, hijo del emir. Este, que era bastante justo, desterró á su hijo al país del Rif en castigo de su traición y alevosía.

Othman, hijo y heredero de aquel revoltoso Yagmurasen, que tanto había trabajado para quitar sus Estados á los merinidas, continuaba, á ejemplo de su padre, haciendo una guerra sin cuartel á Abu Yacub. Este, que había destruido en 1296 todos los alrededores de Tremecen, capital de Othman, al mismo tiempo que orde-

naba la reedificación de la ciudad de Uxda, seguía tranquilamente ocupado en el gobierno de sus Estados; pero al poco tiempo se vió obligado de nuevo á salir á campaña. Después de algunos combates entre Abu Yacub y Othman, aquel consiguió encerrar á este en Tremecen, donde le tuvo estrechamente cercado nueve años. Como Othman tenía grandes recursos dentro de la ciudad, comprendió Abu Yacub cuán difícil le sería tomar esta plaza, por otra parte bien fortificada; y como no trataba de desistir de su empeño, comprendiendo que el sitio se prolongaría demasiado, que su ejército sufriría excesivamente con pérdida de sus huestes, que no podrían resistir por tanto tiempo á la inclemencia, deter-

minó hacer cómodas y sólidas habitaciones para sus tropas. Levantó, pues, una fuerte ciudadela y ordenó construir casas, formando así una ciudad en frente de Tremecen, que más bien podía llamarse un inmenso castillo, al que dió el nombre de *Nueva Tremecen* ó *el-Mansura*, y con lo cual tenía siempre en jaque á Othman. Dentro de la Nueva Tremecen edificó Abu Yacub un soberbio palacio, en el que recibía las embajadas que por aquel tiempo le enviaban varios príncipes y potentados.

Ya hemos visto antes como habían perdido los emires marroquíes sus posesiones de la Península: pues bien; tan reducidas eran ya sus fuerzas y tanto había decaído el poder de los magrebinos, que durante el sitio de Tremecen en el año de 1303 los musulmanes anda-



COSTA DE LOS ESCLAVOS.—Rica negociante de Abeokuta. (Pág. 51).

lucos mandados por Abu Said, se apoderaron de la plaza de Ceuta, derrotando despues al ejército del príncipe Abu Salem, que por orden de su padre el emir habia ido á recobrarla. Al año siguiente se hallaba durmiendo el emir Abu Yacub en su palacio de la Nueva-Tremecen, y uno de sus esclavos, llamado *La Saada*, le atravesó el vientre de una estocada, y el infeliz quedó muerto en el acto. Su cadáver, trasladado á Sella, fué sepultado al lado del de su padre, cuyos sepulcros se conservan todavía y son muy visitados por los moros, como tambien el de la noble dama Um el-Az, hija de Mohamed ben-Hasem.

Muerto Abu Yacub, una asamblea de creyentes, á la cual se unieron todos los demás merinidas, nombró para sucederle á un nieto del difunto emir, llamado Amer, y por sobrenombre Abu Thabet. Pasados algunos días reunió Abu Thabet á sus principales xiejes para pedirles consejo acerca de la determinacion que debia tomarse con respecto al prolongado sitio de Tremecen. El Consejo opinó que levantara el sitio y se volviera con todas sus tropas al Magreb, en donde Otman ben-Alí el-Ola, que habia salido de Ceuta con un gran ejército, se apoderó de las ciudades de Alcázar Seguer y Arcila. No le pareció mal el consejo al emir, y en efecto, hizo las paces con Abu Zyan Mohamed ben-Otman ben-Yagmurasen, que habia sucedido á su padre el año 1302, principiado ya el sitio. En virtud de la paz y del tratado que firmaron, el emir marroquí cedió á Abu Zyan todas las ciudades que su abuelo habia conquistado en aquel país, excepto la Nueva-Tremecen, á la que en nada ni por nada podria hostilizar Abu Zyan, ni á los magrebinos que en ella habitasen. Desde esta época datan los límites que el Magreb ha tenido por la parte de la Argelia; límites que desde entonces ha conservado hasta hoy con muy pequeñas diferencias ó variaciones.

El reinado de Abu Thabet fué muy breve, pero en todo él no cesó un solo instante de pelear contra los muchos revoltosos que habia en el Magreb, y sobre todo en Fez, Marruecos, Agmat y Tameznart. En la ciudad de Marruecos se habia declarado independiente el jefe de la guarnicion, Yusef ben-Mohamed, que cuando supo que el emir habia enviado contra él un ejército de 5,000 ginetes, salióle al encuentro con sus tropas, y habiéndose avistado ambos ejércitos en las riberas del Morbea ó Um er-Rebiah, se dió un terrible combate, en el que fueron derrotadas las tropas de Yusef ben-Mohamed. Despues de esta victoria entró el emir en Marruecos, haciendo matar á todos los cristianos que habia en ella. Esto mismo hizo con todos los sublevados de su Imperio que no pudieron evitar con la fuga las iras de Abu-Thabet.

Ultimamente, despues de haber conquistado las plazas de Alcázar Seguer y Arcila, trató de poner sitio á la de Ceuta, al mismo tiempo que daba las oportunas órdenes para echar los cimientos de la ciudad de Tetuan (1). En la fortaleza de Tánger esperaba el emir á un embajador que habia enviado á Granada para exigir á su rey que evacuara la ciudad de Ceuta; pero la muerte le

sorprendió antes que volviera el embajador, y espiró en su *hasbah* de Tánger corriendo el año 1310. Su cuerpo fué trasladado y sepultado en Sella al lado de sus mayores.

ENSAYO SOBRE LA HISTORIA RELIGIOSA DE TÚNEZ,

POR EL SR. E. DE SANTA MARÍA.

III.

BASILICAS É INSCRIPCIONES DE CARTAGO CRISTIANA.

LA Cartago cristiana, cuyos comienzos fueron tan difíciles, tomó algun vuelo en el siglo II. Cuando, en 258, san Cipriano derramó su sangre por la fe, el cristianismo comenzaba á triunfar de los ídolos. El obispo de Cartago estableció oficialmente el verdadero culto con la toma de posesion del templo de Juno Astarte en el siglo V. Los principales monumentos paganos fueron poco á poco convertidos en basílicas; y cuando no se encontraron ya edificios que apropiarse á las necesidades del culto católico, levantáronse iglesias cuya construccion debió asemejarse bastante á la de los templos de los dioses derribados. Hé aquí los nombres de veinte basílicas cristianas de Cartago:

Perpetua Restituta; — de Fausto; — de Santa Agilea; — ad Majorum; — de los Mártires escilitanos; — de Celerina; — de Novarum; — de Graciano; — de Honorio; — de Teodoro; — Teoprepiana; — Tricillarium; — de la Segunda Region; — de San Pedro; — de San Pablo; — de la Virgen; — de Santa Prima; — del Palacio; — de San Cipriano, — y de San Juliano.

En el estado actual sería muy difícil precisar el sitio que ocupaban estas basílicas. Debo, pues, contentarme con reunir aquí las indicaciones que se encuentran esparcidas en diversos autores antiguos y modernos.

Basilica de la Virgen. — Estaba en el palacio del prócsul en Byrsa.

Basilicas de San Cipriano. — San Cipriano tuvo dos basílicas: una en el sitio donde fué martirizado, y otra en la calle de los Mappales, en la casa de Macrobio, donde su cuerpo fué sepultado. Procopio pretende que más tarde, á la orilla del mar y cerca de las cisternas, construyóse una tercera basílica á la memoria del santo Obispo. El lugar de la sepultura de san Cipriano llamábase *Ager Sextii*, y está determinada la posicion de esta propiedad, pues el acta proconsular del martirio de san Cipriano nos dice que el cuerpo del Mártir fué enterrado despues de su degollacion en el patio interior del procurador Macrobio Cándido, en la calle de los Mappales, cerca de las piscinas. El área de la iglesia donde fué depositado el cuerpo de san Cipriano está indicado con precision por este pasaje del martirio de san Maximiliano, decapitado en Tevesta: *Et ita passus est. Pompeiana matrona corpus ejus de judice meruit, et, imposito in dormitorio suo, perduxit ad Carthaginem et sub monticulo juxta Cyprianum martyrem secus palatium condidit.* En cuanto á la basílica erigida en el lugar donde san Cipriano fué martirizado, nada indica hoy su situacion, la cual debia ser no lejos del anfiteatro, en el barrio bajo de Megara. No sé cómo mejor precisarlo que indicando al lector los pozos árabes situados entre el lago de Tú-

(1) Textualmente dice Rudh el-Kartas en la pág. 553, que Abu Thabet principió los fundamentos de la ciudad de Tetuan. Por este dato histórico se ve que esta ciudad debió haber sido arruinada como tantas otras del Magreb en las pasadas guerras, puesto que ya siglos antes existia Tetuan, segun hemos dicho en la primera parte al hablar de ella.

nez-y la Malka, y rogándole fije su mirada á 500 metros de dichos pozos en direccion N. O.

Basilica Perpetua Restituta.—Era la iglesia catedral de Cartago, y estaba situada en el Foro, cerca del palacio ocupado por el ministro de Marina. Si, como suponen muchos autores, el templo de Apolo se levantaba sobre el solar de este palacio, podriase admitir que fué consagrado á Dios bajo el nombre de *Basilica Perpetua Restituta*. La patrona de esta iglesia me parece era santa Restituta, noble dama de Cartago convertida al cristianismo el año 301. No creo se trate aquí de santa Perpétua, martirizada en 204 con santa Felicitas en el anfiteatro; pues no llevaba el nombre de Restituta, sino que se llamaba Vivia Perpetua. Hay otra santa Restituta que la Iglesia de Africa honra el 17 de Mayo y que era originaria de Biceria (Hippo-Zaritos); pero no ha sido patrona de ninguna iglesia de Cartago.

Basilica de Santa Celerina.—La bienaventurada Celerina, abuela del mártir Emiliano, martirizado en 205 con Casto, derramó tambien el mismo año su sangre por Jesucristo. Consagrósele una basilica, siendo imposible hoy saber nada de su situacion.

En la basilica de los Mártires escilitanos y en la llamada *Tricillarum* resonó muchas veces la voz de san Agustin.

Los Padres de la Iglesia citan á menudo las basilicas de *Teodoro*, de *Honorio*, de *Graciano*, de *Novarum* y la *Teoprepiana*, pero sin indicar su respectiva situacion. En la época en que escribia no podian pensar que esas basilicas desapareciesen como los monumentos paganos de Cartago, y nada nos dejaron escrito sobre la topografía de esos lugares sagrados.

Victor de Vite pretende que los cuerpos de las santas Perpétua y Felicitas habian sido depositados en la basilica *ad Majorum*, en donde fueron largo tiempo venerados. En suma, reina grande oscuridad en esta cuestion, y dificilmente podrá disiparla toda pesquisa ó investigacion, porque es sobre todo la Cartago cristiana la que ha desaparecido. Por un lado los paganos, durante las persecuciones, destruyeron todo lo que les fué posible del culto cristiano; y por otro los árabes conquistadores tuvieron particular empeño en demoler, desde su entrada en Túnez, todo edificio consagrado á Jesucristo. Así es que, en materia de antigüedades cristianas, citaré solamente algunas raras inscripciones funerarias, debiendo limitarme á dar algunos dibujos de lámparas que encontré en Cartago.

En el interior de la capilla de San Luis de Cartago, en la pared de la galería que hay en la izquierda, léese al entrar la inscripcion siguiente:



Es con toda probabilidad la piedra tumular de la mártir Victorina, de la cual se habla en la obra del Ilmo. Dupuch. En el convento de los Capuchinos de Túnez hay dos inscripciones cristianas encontradas en 1850 en los cimientos de una de las alas del antiguo palacio del Bey en Mahomedia, pueblo situado á dos horas al E.-S.-E. de Túnez. Transcribo aquí ambas inscripciones.

ROMANVS EPISCO
EXITIOSVS EPCP
IN PACE VIXIT
RVSTICVS EPISCOPVS IN PACE VIXIT

Esta inscripcion se lee en una losa que cubrió primero los restos del obispo Romano: en la misma tumba fué depositado despues el obispo Rústico; y en fin allí fué tambien el obispo Exicioso á esperar la resurreccion al lado de sus dos predecesores. Morcelli hace mencion de una Sede que existió en Mahomedia.

COSTANTINVS
SVBD IN PACE VIXIT
AN 28 DXS K FB

El Sr. Espina, vice-cónsul de Francia en Susa, descubrió en el Djem (antigua Thysdrus), entre Susa y Sfax, el siguiente curioso epitafio cristiano:



ROSATVS
FIDELIS
VIXIT IN PACE
ANNO 8
MENSE II
DEPOSITVS PRI
DIE KALEN
DAS APRILIS
IND VII

(1)

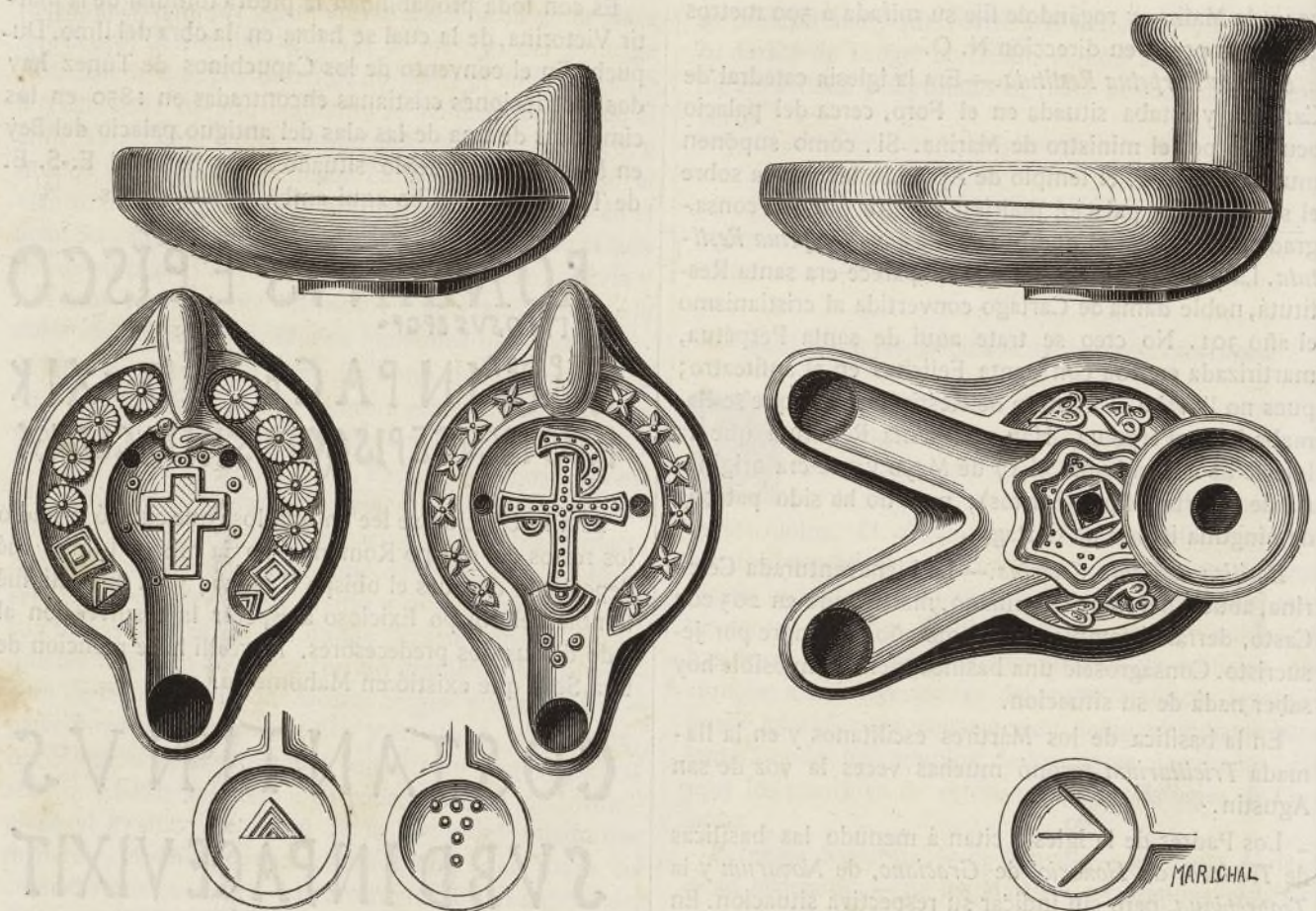
El Sr. M. V. Guérin, que escribió una obra en dos tomos sobre la epigrafía romana en Túnez (2), sólo encontró las cinco inscripciones cristianas que siguen:

1.ª En Mateur (*Oppidum Matarense*), bajo la entrada abovedada de un *funduk*:



(1) *Rosatus fidelis vixit in pace annos IIII menses II depositus pridie kalendas aprilis indictionis VII.*

(2) *Viaje arqueológico en la regencia de Túnez.*— París, 1862, en casa Plon.



CARTAGO.—Lámparas funerarias de la época cristiana (mitad del tamaño natural).

2.^a En Beja (*Vaga*), en una piedra tumular embutida en la pared de una *zauia*:

.... ESTA FIDELI
.... PACE VIXIT
.... IS CENTV ET X

3.^a En Beja, sobre una piedra rota en parte:

QUI IN DEO CONFIDIT SEMP. VIVET

4.^a En Kef (*Sicca Veneria*), en una piedra engastada en la pared de una casa:

IN HOC SI GNVM S.
PER VI A ∞

5.^a En Botria (*Botrianense oppidum*), cerca de Zaghuan:



Tales son los raros vestigios de la época cristiana que se encuentran en Túnez.

Al lado de esos textos incompletos conviene hacer figurar los dibujos más comunmente reproducidos de las lámparas cristianas descubiertas en Cartago.

NECROLOGÍA.

Coimbatour (Indostan).—Una carta del Rdo. Bardou da cuenta de la muerte del Rdo. José Luis Ravel, ocurrida el 30 de Enero de 1881.

«Llegado á la Mision á fines de 1848, el Rdo. Ravel dedicóse con ardor al estudio de las lenguas y al ministerio de las almas. Su habilidad, su dulzura y su bondad le atrajeron en seguida el amor y la estimacion de todos. Pocos años despues de su llegada recibió el encargo de fundar un convento de Hermanas indígenas consagradas á la educacion de las niñas. En un país en donde era desconocida la idea de la vida religiosa, dicha obra fué muy laboriosa en sus comienzos; mas en la actualidad, además de la casa-matriz de Coimbatour, las religiosas tienen escuelas en otros cinco distritos.

«Cuando la llegada del Rdo. Ravel, era muy reducido el número de misioneros, cada uno de los cuales tenia á su cuidado tres ó cuatro mil cristianos. ¡Cuántas fatigas, cuántos trabajos tuvo que sufrir, atendido sobre todo lo poco robusto de su salud! Durante una epidemia que en 1857 causó bastantes estragos, multiplicadas correrías le ocasionaron una grave enfermedad de la que no se vió jamás enteramente libre. Sin embargo, mantuvo siempre una gran jovialidad que resplandecía de una manera encantadora cuando se encontraba en compañía de algun compañero de ministerio. Así es que todos le queríamos mucho y sentíamos por él gran veneracion.

«Durante los últimos años sus fuerzas disminuyeron sensiblemente, pero esto no fué obstáculo para que hasta el fin continuase encargándose de un distrito; hasta que cinco ó seis dias antes de Navidad, habiendo sido llamado para asistir uno tras otro á dos moribundos, volvió enteramen-